

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO : la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 32
Junio-julio 2024

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Guerra o revolución

La guerra ruso-ucraniana pero, en particular, la guerra que Israel está librando contra Hamás y la población palestina de Gaza, tras la incursión de las milicias de Hamás el 7 de octubre en los kibutz israelíes, ha impulsado a muchos grupos europeos de extrema izquierda de las más diversas tendencias -desde anarquistas a trotskistas desde obreristas a autónomos, pasando por las variantes más inverosímiles de internacionalistas- a lanzar llamamientos mutuos para unirse en una lucha «antibélica», pasando por encima de todas sus diferenciaciones para presentar a los pueblos del mundo, y al proletariado, una reacción a la guerra de hoy y la preparación de la guerra mundial de mañana. Ha habido, y sigue habiendo, manifestaciones estudiantiles en apoyo de los palestinos y de la solución de «dos pueblos, dos Estados». La posición de la Izquierda Comunista de Italia es conocida por nuestros lectores y simpatizantes. Sin embargo, es necesario volver a los aspectos fundamentales de la cuestión «guerra o revolución», tomando como punto de partida un Congreso «antiguerra» que varias organizaciones han celebrado en Praga el 24-26 de mayo.

Las fases por las que ha pasado el desarrollo del capitalismo, desde su vic-

toria revolucionaria sobre el feudalismo, pasando por su expansión mundial, hasta su última fase imperialista, se han caracterizado siempre por la guerra: guerra económica, guerra de competencia, guerra social, guerra revolucionaria, guerra militar, guerra de rapiña, guerra contrarrevolucionaria. Es su inevitable desarrollo desigual el que ha puntuado sus fases de desarrollo en períodos que no coincidían en todas las zonas del mundo, dividiéndolas en zonas muy avanzadas, zonas menos avanzadas y zonas atrasadas. La historia de los sucesivos modos de producción a lo largo de milenios nos dice que el desarrollo de la era capitalista fue mucho más rápido y expansivo internacionalmente que el desarrollo de los modos de producción anteriores (feudal, asiático, esclavista, primitivo) ; y esto estuvo determinado esencialmente por el trabajo asociado -en fábricas-, por la explotación del trabajo asalariado y la producción de mercancías, por tanto, por la prevalencia del valor de cambio sobre el valor de uso en el conjunto de la producción. La historia de las sociedades humanas es, en realidad, la historia del desarrollo de las fuerzas productivas que, habiendo alcanzado un cierto grado, tienden a romper las formas de producción dentro

de las cuales se han desarrollado. Así es como del comunismo primitivo, en el que no había propiedad privada, ni intercambio mercantil, ni organización estatal y relativa fuerza militar, ni clases sociales, pasamos a las sociedades divididas en clases, a la sociedad esclavista, a la sociedad feudal, a la sociedad burguesa y a la sociedad capitalista. Según el marxismo, la sociedad capitalista es, históricamente, la última de las sociedades divididas en clases porque el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo es tal que permite una organización social comunista, es decir, sin división en clases, pero con un desarrollo tal de la producción, de sus técnicas y de la organización del trabajo que ya no existe distinción entre las clases dominantes y dominadas, entre una clase, la burguesa, que es dueña de todo -no sólo de los medios de producción, sino de la producción misma y, por tanto, de la vida de las masas obreras obligadas a trabajar bajo el chantaje del salario (si no tienes salario, no comes)- y la clase, el proletariado, que no posee nada más que la fuerza de trabajo que se ve obligada, para vivir, a vender a los capitalistas.

La guerra que la burguesía libró contra las viejas clases dominantes, y para la que se sirvió de las masas proletarias y campesinas, fue una guerra revolucionaria, porque rompió simultáneamente los lazos de dependencia personal y el atraso económico y productivo del sistema feudal, y elevó necesariamente a las clases inferiores -el campesinado, el proletariado urbano- a la lucha política al liberarlas de los estrechos lazos personales y localistas que las mantenían supeditadas al señor feudal, a la iglesia, al pedazo de tierra. Ni la propiedad privada ni la organización de los intereses de la clase dominante en el Estado cen-

(sigue en pág. 2)

Para que el Primero de Mayo vuelva a ser un día internacional del proletariado que lucha por su emancipación de clase

El gran y fundamental objetivo histórico de la lucha de clase del proletariado es su emancipación del trabajo asalariado, de la opresión burguesa que le obliga a sufrir la explotación de su fuerza de trabajo en beneficio exclusivo de la clase burguesa dominante, en beneficio exclusivo de la preservación del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa que descansa sobre él.

La clase del proletariado es la clase que produce toda la riqueza social, pero no tiene ningún control sobre ella, no tiene ninguna posibilidad de decidir qué producir, cómo producir, cuánto producir y cómo distribuir la pro-

ducción para satisfacer las necesidades vitales de toda la especie humana. Su condición de trabajador asalariado le obliga a someterse a la ley capitalista según la cual es la clase de los capitalistas, la clase dominante, la que se apropia de toda la producción que resulta de la aplicación de su fuerza de trabajo a los medios de producción. Esta apropiación privada -es decir, privar a la mayoría de la población humana de disponer de ella según sus propias necesidades-, junto con la propiedad privada de los medios de producción, la característica específica del capitalismo.

(sigue en pág. 5)

EN EL INTERIOR

- La mosca, vanidosa y presuntuosa, sienta cátedra.
- A nuestros lectores: Cuidado con los manipuladores.
- Acerinox, lucha obrera y represión

Guerra o revolución ...

(viene de la pág. 1)

tral han sido superadas por la reorganización social burguesa: han permanecido como pilares de una sociedad dividida en clases, perpetuando la opresión económica, social, política y militar sobre las clases inferiores.

En cuanto al modo de producción capitalista, su desarrollo excepcional sólo podía realizarse aumentando la opresión de las clases proletarias urbanas y rurales, ya que la verdadera ganancia de la burguesía se obtiene explotando el trabajo asalariado, es decir, pagando sólo una parte de las horas de trabajo diarias del proletariado, las que corresponden a las necesidades básicas de la vida (tiempo de trabajo necesario), y embolsándose el valor de las horas de trabajo diarias no pagadas (tiempo de trabajo no remunerado). Con las continuas innovaciones técnicas adoptadas en las más diversas producciones, se fabrican muchos más productos en el mismo tiempo de trabajo diario que antes. Así, aumenta tanto la producción de todo lo necesario para vivir como la de todos aquellos productos que se añaden debido a las «necesidades» cada vez más específicas y diversas estimuladas por el mercado. Pero, al mismo tiempo, la competencia entre las empresas que insisten en los mismos mercados aumenta desproporcionadamente y, cuanto más se expande el mercado, haciéndose mundial, más feroz debe hacerse la competencia hasta que los Estados nacionales se implican directamente en la defensa de los intereses de la economía «nacional» y, por supuesto, de las empresas capitalistas nacionales que determinan el rendimiento positivo o negativo de toda la economía nacional. Así es como la competencia entre empresas se convierte en competencia entre Estados, y así es como la guerra de competencia pasa del plano económico y financiero a la guerra guerra, cuyo objetivo es básicamente acaparar el mayor territorio económico posible, la mayor cuota de mercado posible en detrimento de los competidores.

Que el capitalismo industrial haya tenido que pasar al capitalismo financiero está en la propia lógica del desarrollo capitalista, ya que sin inversión, la producción industrial, que quiere competir en el mercado desde una posición ganadora, no puede desarrollarse más allá de un determinado nivel (lo que significa no sólo cuantitativamente, sino también cualitativamente). El capitalismo, por tanto, adquiere cada vez más la característica de capitalismo financiero, sometiendo al endeudamiento a las empresas de lo que los propios burgueses llaman economía real, y que quieren competir o se ven obligadas a competir en el mercado. Así es como el capitalismo industrial se ha convertido tanto en productor de capital como en deudor de capital financiero. Pero el capitalismo padece otra enfermedad: la sobreproducción; las crisis

que sufre cíclicamente la economía capitalista pueden tener diferentes aspectos, pueden ser industriales, agrarias, monetarias, financieras, pero todas convergen hacia la crisis fundamental del capitalismo, precisamente la de la sobreproducción. La anarquía de la producción que caracteriza al capitalismo, en un mercado cada vez más competitivo, conduce inevitablemente a la crisis de sobreproducción: llega un momento en que el mercado, no sólo nacional, sino internacional, ya no absorbe la enorme cantidad de mercancías que se introducen en él, las rechaza, por lo que las mercancías no pueden transformarse en dinero, interrumpiéndose así el ciclo que conduce al beneficio capitalista. La economía capitalista cae entonces en un estado de depresión general y de barbarie, de destrucción de cantidades incalculables de productos, estado del que sólo podrá renacer mediante una guerra en la que los Estados más fuertes lograrán imponerse a todos los demás y, una vez terminada la guerra, dictar las nuevas reglas del mercado, dividiéndolo en zonas de influencia e interés. Ocurrió con la primera guerra imperialista mundial, y con la segunda, y ocurrirá también con la tercera guerra imperialista mundial si antes no se detiene o se impide que continúe.

Y he aquí la gran pregunta: ¿qué fuerza podrá impedir que estalle la guerra, qué fuerza podrá oponerse a la guerra, aunque haya comenzado, impidiendo que continúe en la destrucción y la carnicería que son su verdadero objetivo?

Los pacifistas de todas las épocas apelan a la conciencia de las personas, a la tendencia natural de la mayoría de la gente a vivir en paz. Ellos, que por su propia naturaleza están en contra de toda violencia, especialmente de la violencia de la guerra, creen que movilizarse y manifestarse masivamente contra los poderes estatales empeñados en hacer la guerra o en participar en ella es lo único que se puede hacer, la única acción que hará que la conciencia de los gobernantes escuche la voz de las masas pacifistas y si no en contra de la guerra «de otros», al menos del lado de la neutralidad. Y así su «conciencia» quedará satisfecha.... En cuanto al modo de producción que subyace en la sociedad actual, no pretenden cambiar nada, salvo exigir una mayor disposición por parte de los capitalistas, los ricos, los gobernantes, a distribuir un poco más de riqueza entre las masas pobres...

Los anarquistas, y aquellos que en general comparten la idea de que la culpa de todo abuso de poder, de toda fechoría, de toda opresión, y por tanto también de toda guerra, la tiene el poder estatal y el partido o partidos que expresan la necesidad de ejercerlo y lo ejercen, están en contra de la guerra porque están en contra de todo poder constituido, y están convencidos de que una vez eliminado el Estado y los partidos que lo integran a través de los gobiernos y los parlamentos, toda la

vida social volverá a estar en manos de los individuos, que entonces podrán expresar libremente sus deseos, sus pulsiones, sus ideas sin querer ni necesitar prevalecer unos sobre otros. Y, por supuesto, sin afectar al modo de producción capitalista en el que, por cierto, se basa el propio poder de clase contra el que luchan... De poco sirve llamarse 'antagonista' del capitalismo malo proponiendo en su lugar el capitalismo bueno... El capitalismo, en sus ciento cincuenta años de existencia, ha demostrado ser altamente destructivo en lo que a las fuerzas productivas se refiere y, por tanto, estar en contra del desarrollo social de la humanidad. Y así como se mueren de hambre poblaciones enteras, así como se destruyen enormes cantidades de productos, así como se destruyen vidas en el trabajo, así también se destruyen vidas en las guerras, con el único fin de la supervivencia del capitalismo, porque la supervivencia del capitalismo garantiza la supervivencia de la clase burguesa. No se trata de la bondad o maldad de tal o cual amo, de tal o cual gobierno, es el modo de producción el que debe ser destruido y sustituido por un modo de producción que realmente satisface las necesidades de la vida y el progreso de la especie humana, lo que llamamos comunismo. Pero, para llegar a él, hay que pasar por la revolución proletaria y por la dictadura del proletariado ejercida por su partido de clase: la dictadura de la clase proletaria es necesaria para combatir todas las fuerzas de conservación burguesa que siguen vivas y operando a pesar de la victoria revolucionaria (que no puede tener lugar simultáneamente en todos los países, y no puede tener lugar primero en el cerebro y luego en la vida material). Ni siquiera los flecos de los anarquistas «insurreccionalistas», más allá del coraje de poner su propia vida a disposición de la lucha contra los poderes constituidos, logran tener una perspectiva más amplia que la que se reduce a la acción inmediata, como si la lucha contra la burguesía capitalista fuera la multiplicación de muchos actos individuales, generosos, ciertamente, pero desperdiciados en una lucha que no tiene futuro.

La historia de la primera y segunda guerras imperialistas mundiales ha demostrado que pacifistas y anarquistas nunca detuvieron ninguna guerra; al contrario, con el pretexto tan burgués y belicista de luchar contra el agresor, fueron a la guerra, ¡y de qué manera!

La única fuerza social que puede oponerse eficazmente a la guerra imperialista reside en el proletariado cuando su fuerza social se reconoce como una fuerza de clase, una fuerza verdaderamente antagónica no sólo al poder burgués existente, sino a todas las fuerzas de conservación de la sociedad burguesa y capitalista (desde la pequeña burguesía hasta la aristocracia obrera, desde las fuerzas del oportunismo hasta el subproletariado). Y el ejemplo no sólo lo dio el proletariado de París durante la Comuna de 1871, sino también, y sobre todo, el

proletariado ruso dirigido por el partido bolchevique de Lenin que, con el Tratado de Brest-Litovsk, interrumpió la guerra contra Alemania, algo que ninguna otra potencia imperialista quiso hacer. Pero la «paz de Brest-Litovsk» no la consiguieron ni los pacifistas ni los anarquistas, sino los revolucionarios bolcheviques que opusieron la guerra imperialista a la guerra civil, la única guerra que permite luchar contra las potencias del imperialismo porque es una guerra revolucionaria, es decir, una guerra que tiene como objetivo destruir la fuente de todas las guerras, el capitalismo y, por tanto, los estados que la clase burguesa de cada país erige para defender sus exclusivos intereses de clase.

Los organizadores del congreso antibelicista que se celebrará en Praga del 24 al 26 de mayo quieren reunir a grupos e individuos de varios países para «desarrollar una práctica anticapitalista que busque preservar la autonomía política», «fuera de los partidos políticos y de las estructuras estatales y contra todos los Estados», una «práctica» para lograr una «polarización social que pueda transformar las guerras entre Estados en enfrentamientos de clases». Los organizadores proclaman que «el enemigo común en todas las épocas es ante todo el capitalismo, y por tanto también la estructura, el ejército que lo defiende y la burguesía que lo encarna»; y sostienen que «la única salida a la pesadilla de las guerras capitalistas y la paz capitalista es un despertar colectivo: debemos ver y sabotear toda la maquinaria bélica, derrocar a sus representantes y reclamar nuestro poder como creadores del mundo».

Bellas intenciones y bellas palabras, pero totalmente confusas e ineficaces en relación con el despertar colectivo que pretenden. ¿Despertar colectivamente a quién, a qué clase? Convertir las guerras entre Estados en enfrentamientos de clases: bien, pero ¿de qué clase hablan?

Clase, para los marxistas, no se asimila al pueblo, ni siquiera a las capas de la población que sufren el dominio dictatorial de la clase dominante, como son ciertamente amplias capas de la pequeña burguesía arruinada por la prepotencia de las grandes multinacionales, o como las capas de la aristocracia obrera cada vez más ligadas a la defensa del statu quo, a las que habría que añadir las masas obreras asalariadas y los campesinos pobres.

Para los marxistas, las clases principales de la sociedad capitalista están representadas por la clase burguesa dominante y la clase proletaria, es decir, la clase de los asalariados, los sin reserva, los poseedores únicamente de su propia fuerza de trabajo. Todos los demás estamentos que el desarrollo del capitalismo ha mantenido o creado (como, por ejemplo, la aristocracia obrera, por un lado, y el subproletariado, por otro) forman parte de esa masa que oscila constantemente -en función de las situaciones de crisis o expansión econó-

mica- entre el apoyo a la clase dominante o el apoyo a la clase proletaria, teniendo en cuenta que el apoyo a la clase proletaria sólo puede darse -y la historia lo ha demostrado muchas veces- cuando la clase proletaria lucha en el terreno de su revolución y expresa, en esta lucha, la posibilidad concreta de salir victoriosa. Esto significa que, normalmente, estas capas están fuertemente influenciadas por la burguesía y se dejan llevar e ilusionar por las palabras y declaraciones de libertad, equidad, paz social y defensa nacional que la gran burguesía administra a cada paso con el único fin de obtener y reforzar la colaboración interclasista.

Para que el proletariado desarrolle una práctica anticapitalista es necesario que, al menos en sus estratos más combativos y sensibles a los intereses de clase más generales, se reconozca como clase antagónica a la clase burguesa, se organice con independencia de cualquier aparato burgués, laico o religioso, ajeno por completo a las instituciones, y luche en defensa de sus intereses de clase utilizando medios y métodos de lucha exclusivamente clasistas, es decir, no compatibles con la colaboración de clases ni con los intereses económicos, sociales y políticos de los diversos estratos de la burguesía y la pequeña burguesía. Esta es la práctica que tuvo el proletariado hasta la década de 1920, cuando la lucha de clases del proletariado también tenía el potencial de desbordarse hacia la lucha revolucionaria por el poder.

Para que la vanguardia política clasista del proletariado -que sólo puede ser el partido político clasista, es decir, el partido comunista revolucionario fundado sobre las bases teóricas y programáticas marxistas, es decir, sobre las bases del materialismo histórico y dialéctico, al margen de todo comercio de principios y de toda revisión oportunista, y al margen de toda limitación nacional- desarrolle una actividad anticapitalista, no debe ceder a los valores de exaltación del individuo, a los falsos valores de la propiedad privada, de la libertad individual de conciencia y de la democracia que colocan a amos y obreros, explotadores y explotados, en el mismo nivel formal de igualdad ideal, pidiendo a cada uno de ellos que exprese su opinión sobre quién debe gobernarlos a través de las urnas. El partido de clase debe actuar en perfecta coherencia con los intereses generales de la clase asalariada tanto en el plano inmediato como en el más general e histórico, con la perspectiva de influir decisivamente en las vanguardias de clase del proletariado para que conduzcan a las grandes masas proletarias a la revolución proletaria, que sólo puede ser antiburguesa y anticapitalista, combatiendo y superando toda competencia entre proletarios, toda división étnica o nacional, toda agregación social que mezcle los intereses inmediatos, y no digamos los generales, de las distintas clases.

La lucha clasista por el aumento de

los salarios, por la reducción de las horas de trabajo al día, por impedir la intensificación de los ritmos de trabajo y la nocividad en el lugar de trabajo, por combatir el paro uniendo en la lucha a los asalariados y a los parados, a los trabajadores precarios y estacionales, a los autóctonos y a los inmigrantes, por erradicar el trabajo no declarado y la explotación del trabajo infantil, organizando esta lucha en asociaciones de defensa exclusivamente proletarias: en esto consiste la práctica anticapitalista que permite a los proletarios distinguirse de la burguesía y de cualquier otra fuerza social conservadora y antiproletaria. La base de la organización de clase, la base sobre la que descansa el desarrollo de la lucha política del proletariado, es la lucha que tiende a superar la competencia entre proletarios, más allá de sus ideas y más allá de su afiliación partidista.

La lucha contra la guerra burguesa-imperialista es una lucha política, pero el proletariado no puede llegar a ella a menos que actúe, a través de la experiencia directa, en el terreno de la defensa inmediata de sus intereses de clase utilizando los medios y métodos de la lucha de clases, es decir, todos aquellos medios y métodos que no son compatibles con los intereses de conservación de la sociedad capitalista. Como afirmaba Lenin, el proletariado en la lucha de clases de defensa inmediata se entrena para la lucha de clases que, sólo a un cierto nivel de confrontación social, se convertirá en verdadera lucha de clases, en lucha revolucionaria.

Marx, Engels, Lenin y todos los marxistas consecuentes han sostenido siempre que la paz burguesa, la paz imperialista no es más que una tregua entre guerras imperialistas, que la paz burguesa sirve a la burguesía de cada país para reordenar las relaciones internas entre las clases, para conseguir que la máquina productiva que la crisis bélica había interrumpido se reanude a toda velocidad, con el único fin de cosechar beneficio sobre beneficio. La burguesía, en la medida en que consigue aprisionar al proletariado en los meandros de las maniobras democráticas y de la colaboración entre las clases, se muestra siempre como la campeona de la paz entre las naciones y entre los pueblos; pero cuando la competencia capitalista se hace más dura y agresiva, toda burguesía, mientras habla de paz, se prepara para la guerra porque sabe que tarde o temprano su propio sistema económico cederá, entrará en crisis, poniendo en peligro sus privilegios, sus intereses, sus beneficios. La competencia mercantil se transformará inexorablemente en un choque de intereses, y este choque de intereses implicará inevitablemente a los Estados nacionales, a las fuerzas militares de cada Estado.

Toda burguesía ha jugado siempre con el hecho de que el agresor es el competidor, el adversario, y que por lo tan-

(sigue en pág. 4)

Guerra o revolución ...

(viene de la pág. 3)

to, como agredida, debe defenderse. Las democracias, en particular, siempre gritan que quieren luchar contra el totalitarismo, las dictaduras, y llaman a sus proletarios a defender la democracia contra el totalitarismo. La realidad histórica es que la dictadura de clase ejercida por la burguesía como clase dominante ha necesitado y necesita las palabras de la democracia para engañar y confundir al proletariado; la realidad histórica ha demostrado que son los intereses de los imperialismos más fuertes los que obligan a todos los demás países del mundo a entrar en guerra, los que hacen que todos estos países sufran las peores consecuencias de la destrucción de la guerra, los que masacran a cientos de millones de proletarios en cada frente de guerra, que no es más que un cuestionamiento de las anteriores zonas de influencia de las distintas potencias imperialistas.

Para «defenderse», la burguesía debe atacar y debe implicar a las amplias masas proletarias no sólo porque están obligadas a apoyar el esfuerzo bélico, sino también porque son la carne de cañón que hay que enviar a los frentes de guerra. Al igual que en los periodos previos a la primera y segunda guerras imperialistas, también hoy, cuando todas las burguesías hablan abiertamente de una posible tercera guerra mundial e invierten abiertamente cada vez más en armamento, se oyen los tambores sobre el peligro de agresión por parte de enemigos que, cada vez con más frecuencia, son los mismos que hasta hace poco

eran los mejores socios comerciales.

Los proletarios tienen un camino histórico que recorrer para luchar eficazmente contra la guerra burguesa-imperialista: el camino de la lucha de clases.

Pero éste, hoy, es el camino más difícil de recorrer porque décadas de democracia, de colaboración interclasista, de ilusiones de bienestar incluso para las clases trabajadoras, las han desarmado: frente a la realidad burguesa de condiciones de trabajo cada vez más duras, precarias y peligrosas, de salarios que no alcanzan para llegar a fin de mes, de despidos y desempleo, de una pobreza que avanza inexorablemente, atacando a capas sociales que hasta hace unas décadas nunca hubieran imaginado caer tan bajo, de una juventud que no ve más futuro que el amenazante y precario, frente a esta realidad los proletarios se encuentran completamente desarmados tanto en términos de defensa económica inmediata como de defensa política.

Para desarmar al proletariado, no sólo se han comprometido las clases burguesas dominantes, sino también todas las fuerzas del oportunismo interclasista, con la contribución, por inconsciente que sea, de todos los movimientos pacifistas, de todos los movimientos que escriben «contra la guerra» en sus banderas, pero que en realidad piden a las mismas potencias burguesas que siempre han hecho y harán la guerra, aunque sea en otros países y en otros continentes, que trabajen... por la paz. Desde los años 90, con las guerras en la antigua Yugoslavia y, hoy, con la guerra en Ucrania, Europa vuelve a estar en el centro de los contrastes interimperialistas, como venimos prediciendo desde los años 70, es decir, desde el estallido de la primera gran crisis mundial del capitalismo.

El despertar colectivo contra la guerra imperialista y por la paz imperialista al que apelaron los organizadores del Congreso de Praga nunca podrá producirse mediante una «concienciación» que, partiendo de pequeños grupos y unos pocos individuos, se extiende a multitudes de cerebros; ni siquiera mediante acciones ejemplares de sabotaje de la «máquina de guerra» puesta en marcha por la burguesía dominante.

¿Acciones de concienciación y sabotaje que sólo se dirigen contra los belicistas declarados, dejando en pie todo el sistema capitalista? ¿Cuál es el mundo que les gustaría crear de esta manera?

¿Un mundo burgués sin guerras?

Pero el mundo burgués es el mundo de la guerra porque es el mundo creado sobre la opresión de la clase asalariada, sobre la competencia mercantil, sobre la apropiación privada de toda la producción existente. Es este sistema el que produce contrastes sociales y entre Estados, el que produce guerras de competencia y guerras bélicas. Para acabar con este mundo, el único camino a seguir es el indicado por el marxismo: el camino de la revolución proletaria dirigida por el partido de clase del proleta-

riado, del derrocamiento del Estado burgués y de la instauración de la dictadura proletaria ejercida por su partido de clase, que es la única fuerza histórica que tiene conciencia del objetivo último de la revolución, a saber, la creación de la sociedad sin clases, la sociedad comunista. Un camino largo y arduo, que no hace desaparecer de la noche a la mañana el poder capitalista en todo el mundo, pero que - bajo la dirección del partido comunista revolucionario - partiendo del país donde triunfa la revolución proletaria, implica a los proletarios de todos los países para que sigan este ejemplo, se unan en la misma lucha internacional, derroquen sus Estados-nación y contribuyan a la victoria revolucionaria en todo el mundo.

Sólo con la revolución proletaria victoriosa y bajo la dirección del partido comunista revolucionario es posible - como demostraron los primeros años de la revolución rusa- empezar a destruir no sólo el poder político sino también el económico de la burguesía. En Rusia, a pesar de ser entonces un país capitalísticamente atrasado, la revolución anticapitalista ya había empezado a producir sus efectos beneficiosos; pero necesitaba la ayuda del proletariado revolucionario de los países europeos avanzados, necesitaba que la revolución triunfara también en Europa, en Alemania por ejemplo, porque la estructura industrial alemana de la época podía ayudar a acelerar el desarrollo económico de la atrasada Rusia. Los años 1917-1920/21 fueron los años en que el proletariado europeo se movía en el terreno de la lucha de clases, estaba maduro para su revolución de clase, pero no puede decirse lo mismo de los partidos proletarios que la dirigieron. Las lecciones de esa derrota, como de la derrota de la Comuna de París, sólo podía extraerlas un partido capaz de recuperar y restaurar la doctrina marxista en su totalidad. En Rusia esta fue la tarea de Lenin y del partido bolchevique; en Europa debería haber sido la tarea del partido alemán, o francés, o inglés, es decir, de los países capitalistas más avanzados. Pero no fue así, demasiadas incrustaciones democráticas, demasiadas ilusiones sobre la espontaneidad proletaria, debilitaron y llevaron a esos partidos a descarrilar del camino recto de la revolución.

Como le ocurrió a la clase burguesa en sus miles de intentos de acabar con el sistema feudal, así le ocurre a la clase proletaria contra el sistema capitalista: de las derrotas se aprende y se fortalece, pero a condición de que la dirección del movimiento proletario revolucionario, el partido comunista revolucionario, se apoye en la doctrina marxista intacta y viva la lucha junto a los proletarios en el terreno de su defensa de los intereses inmediatos de clase. En ausencia de estas dos condiciones, el proletariado volverá a encontrarse completamente desarmado frente a los poderes burgueses que lo doblegarán por enésima vez a favor únicamente de los intereses capitalistas.

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Privas.

Para que el Primero de Mayo vuelva a ser ...

(viene de la pág. 1)

«La condición más importante para la existencia y dominación de la clase burguesa es la acumulación de riqueza en manos privadas, la formación y multiplicación del capital; la condición del capital es el trabajo asalariado», reza el *Manifiesto* de Marx-Engels escrito hace ciento setenta y seis años. Así pues, el capitalismo no existiría si no hubiera trabajo asalariado; el trabajo asalariado no existiría si no hubiera capitalismo: estos son los dos pilares sobre los que se asienta la sociedad capitalista. ¿De qué debe emanciparse el proletariado, es decir, la clase de los trabajadores asalariados? Precisamente, de su condición de clase asalariada que, para vivir, está obligada a ser explotada por el capital según sus leyes, que determinan su formación, multiplicación y concentración. El proletario, si no trabaja, no recibe salario y, por tanto, no come. El capital explota a la clase asalariada mediante el trabajo diario de los proletarios, organizándolo y decidiendo el horario diario, los tiempos y ritmos de cada parte del trabajo total que debe realizar cada trabajador, la cantidad de trabajadores necesarios para la producción, etc. El capital tiene interés en explotar al máximo la fuerza de trabajo diaria que emplea en la producción de mercancías, y contra esta explotación máxima los proletarios, desde las primeras fábricas y manufacturas, comenzaron a luchar con el objetivo de disminuir la fuerte opresión a la que estaban sometidos. La lucha obrera surgió inevitablemente de los aspectos inmediatos de la explotación capitalista, tendiendo a unir a los obreros de una misma fábrica para conseguir una opresión menos pesada.

Con el desarrollo del capitalismo y la ampliación constante de las masas proletarizadas y, por tanto, de los asalariados, el capital tiene la ventaja de poder abastecer sus fábricas, sus empresas, con una selección de los trabajadores que considera más adecuados a las necesidades particulares de producción de cada una de ellas, extrayéndolos de una masa de trabajadores mucho mayor que la que puede emplearse en las distintas empresas. El desarrollo de la producción capitalista de mercancías conlleva también la aplicación de nuevas técnicas de procesamiento de las materias primas a transformar, innovaciones que se traducen en una mano de obra cada vez menor en comparación con la producción anterior; así, a la masa de prole-

tarios empleados en la producción y distribución, corresponde una masa de proletarios sin empleo, en paro, obligados a sobrevivir en los márgenes de la sociedad. Y así, además de las innovaciones técnicas aplicadas a los diversos procesos de producción, gracias a las cuales se emplea a menos proletarios que antes, la masa de parados - el famoso *ejército industrial de reserva* de Marx-Engels - presiona inevitablemente a los asalariados empleados, sencillamente porque todo proletario, para vivir, debe tener un salario. Esto da lugar a la competencia entre proletarios, alimentada, por supuesto, por la burguesía, que obtiene dos resultados principales de esta competencia: mantener los salarios medios a un nivel tendencialmente bajo, mantener las horas de trabajo diarias mucho más altas de lo que las innovaciones técnicas podrían permitir, enfrentando a los proletarios entre sí, dividiéndolos y dificultando así su unión de clase.

El salario es, en definitiva, el valor monetario del tiempo de trabajo del proletario que corresponde al valor de los bienes de primera necesidad que se encuentran en el mercado y que son necesarios para reproducir día tras día la fuerza de trabajo de cada asalariado. La explotación capitalista consiste, esencialmente, en el acaparamiento por parte de los capitalistas de una porción cada vez mayor de la parte del tiempo de trabajo diario que no corresponde al valor de los bienes necesarios para vivir, es decir, del plusvalor que no se paga al proletario y que, en el capitalismo, se transforma en plusvalía, la cual, a su vez, da lugar al beneficio capitalista. Por lo tanto, mientras subsista el régimen salarial, subsiste el capitalismo con todas sus contradicciones, crisis, desastres y masacres.

La lucha histórica del proletariado apunta, necesariamente, a la eliminación de su opresión específica -el trabajo asalariado- y, por lo tanto, a la eliminación también del capital, sustituyendo este régimen de explotación del hombre sobre el hombre por una sociedad de productores, finalmente libre de toda opresión gracias a una planificación racional de la producción, distribución y utilización del trabajo humano que podrá expresarse voluntaria y colectivamente sin coacciones sino simplemente porque será una necesidad social en la que participarán todos los seres humanos. Este objetivo histórico no se refiere únicamente a la desaparición de la clase dominante, sino también de todas las clases, incluida la clase proletaria. En efecto, el salto cualitativo en términos históricos consiste en pasar de una sociedad dividida en clases a una so-

iedad en la que las clases ya no existan y en la que ya no existirá una fuerza de opresión organizada en forma de Estado, de fuerza militar, útil únicamente para la defensa del capital, por tanto del dinero.

Por supuesto, para llegar a este objetivo histórico, es decir, a una sociedad sin clases, el camino es largo, arduo y lleno de obstáculos y trampas de todo tipo. La sociedad burguesa no sólo se ha equipado para explotar al máximo el trabajo asalariado en todos los rincones del mundo, sino también para defender su régimen de cualquier posible ataque de la única clase social cuya lucha revolucionaria teme: el proletariado, es decir, la clase que tiene interés en acabar con el régimen de explotación capitalista porque es la que sufre los mayores daños.

La burguesía no puede prescindir del proletariado, porque sólo de su explotación extrae la plusvalía y obtiene así el beneficio capitalista; mientras que el proletariado puede prescindir de la burguesía porque su trabajo produce todo lo que la sociedad humana necesita para vivir y desarrollarse.

La burguesía no puede evitar oprimir a las clases bajas precisamente por la explotación a la que están sometidas y contra la que se rebelan. Y no puede evitar competir en el mercado con las demás burguesías para defender sus cuotas de mercado o para ampliarlas a costa, por supuesto, de sus competidores; y en esta guerra de competencia llega inevitablemente, cuando los mercados se saturan de mercancías, a utilizar la fuerza militar y la guerra para imponer sus propios intereses creados. El Estado burgués, por tanto, sirve tanto para mantener oprimida a la clase obrera como para oponerse a otros Estados burgueses en el mercado internacional. Mientras existan el capitalismo y la burguesía, existirán la opresión, la competencia desenfadada y las guerras.

Para su revolución, el proletariado no podrá apoyarse, como pudo hacerlo la burguesía durante el feudalismo, en un modo de producción que ya se desarrolla dentro de las formas capitalistas y burguesas de la sociedad. Pero su fuerza social como productor de toda la riqueza social le basta para apoyar su revolución política con la que tendrá que derrocar el poder político burgués, su Estado, sus aparatos políticos, sociales, institucionales, administrativos, en definitiva, la dictadura de clase de la burguesía, para sustituirla por la dictadura de clase del proletariado, a través de la cual éste podrá intervenir con toda la fuer-

(sigue en pág. 6)

Para que el Primero de Mayo vuelva a ser ...

(viene de la pág. 5)

za y violencia necesarias para impedir que la clase burguesa restablezca su poder e intervenir en el sistema económico comenzando a romper la estructura empresarial de la economía y el régimen salarial en todos los ámbitos en los que sea realmente posible la transformación de la economía capitalista en una economía socialista. Los marxistas siempre han tenido claro que esta transformación revolucionaria de la sociedad no se producirá en unos pocos días o semanas, sino que llevará mucho tiempo porque las burguesías de los países donde la revolución proletaria aún no ha triunfado se aliarán contra el proletariado revolucionario, que ha establecido su dictadura de clase, para derrocarlo y restaurar el poder burgués. Por otra parte, siempre ha sido evidente para los marxistas que la revolución proletaria puede comenzar incluso en un país que represente el eslabón más débil de la alianza imperialista internacional, pero ciertamente en un momento en el que el capitalismo mundial ha entrado en crisis y en el que los poderes políticos burgueses, no sólo como resultado de la inestabilidad producida por la crisis y la guerra, sino también debido a la presencia de la lucha de clases del proletariado y a la influencia que el partido de clase ha ganado sobre él, todavía no se han estabilizado.

Ante tal escenario histórico, sólo el partido de clase, fuerte en la teoría marxista y en los equilibrios dinámicos de las revoluciones y contrarrevoluciones, es capaz de mantener el rumbo que conducirá al proletariado a la revolución, a pesar de que la burguesía, ayudada por todas las fuerzas del oportunismo y de la conservación social ha logrado en las décadas transcurridas desde el final de la Segunda Guerra Mundial Imperialista atrapar al proletariado en todos los países doblegándolo, en los países capitalistas avanzados y más ricos, a la colaboración de clases facilitada por los regímenes democráticos y, en los países menos desarrollados y menos ricos, utilizando la represión más dura.

En 1921, el Partido Comunista de Italia, en su manifiesto *del Primero de Mayo*, escribió:

«El proletariado, cuyo porvenir depende de su capacidad para romper el absurdo e inicuo sistema económico burgués, debe considerar las instituciones políticas de la burguesía, incluso allí donde están más revestidas de formas democráticas y parlamentarias,

como una máquina construida para su opresión y para la defensa del privilegio de los explotadores. El proletariado revolucionario no puede encontrar una vía para su emancipación en las instituciones electivas del régimen actual, en la conquista de los parlamentos burgueses: debe aspirar, incluso cuando envía allí a sus representantes, a romperlos junto con toda la red del aparato estatal, en sus órganos burocráticos, policiales y militares, para realizar el poder efectivo de la clase productiva, de la clase productora, en la dictadura del proletariado, en la república de los Consejos proletarios».

En aquella época, la situación general seguía siendo revolucionaria, en Italia y Alemania, y en Rusia la victoria revolucionaria del proletariado apoyaba la lucha revolucionaria a escala internacional. En aquella época, el partido de clase no sólo estaba presente, sino que tenía detrás una tradición de lucha política que se cruzaba con las luchas de clase del proletariado, luchas que expresaban un potencial revolucionario aún intacto. Pero el veneno democrático y socialdemócrata atacó con tal fuerza y éxito no sólo a las organizaciones de defensa económica (sindicatos, ligas, cooperativas, etc.), sino también a los partidos obreros, que frenó y consiguió impedir una maduración marxista revolucionaria en los propios partidos comunistas que se adhirieron a la Internacional Comunista, llegando a minar incluso al sólido partido bolchevique. Las consecuencias de la tremenda derrota de la revolución proletaria en Europa y luego en Rusia todavía las estamos pagando hoy, no sólo en términos de degeneración democrática de todos los partidos obreros -aunque se llamen socialistas o comunistas- sino también en términos de antipartido y de la llamada antipolítica.

Pero el propio desarrollo del capitalismo, en la etapa imperialista de su evolución, ha agudizado aún más las contradicciones del sistema burgués, poniendo en primer plano los contrastes sociales, hasta el punto de empujar a las mismas democracias occidentales, que durante décadas se han preciado de ser un ejemplo de civilización para todos los demás países, a quitarse poco a poco la máscara y revelar su verdadero rostro dictatorial, represivo y criminal, como demuestran las muy recientes guerras de Ucrania, Gaza y Oriente Medio.

Para que el Primero de Mayo vuelva a ser su día de lucha internacional, el proletariado debe romper decididamente con la colaboración de clases, con los medios y métodos contundentes de lucha propuestos e indicados por los sindicatos colaboracionistas

y los partidos no menos degenerados, que dependen directamente de la buena marcha de la economía de las empresas y de la economía nacional; debe romper con las huelgas-procesiones, con las huelgas que no causan ningún perjuicio a la patronal y que, en cambio, sólo son una pérdida económica para los huelguistas; debe romper con las ilusiones sobre la democracia burguesa que durante más de cien años han confundido y desviado las fuerzas de la clase proletaria hacia los callejones sin salida de una supuesta soberanía popular; debe recuperar el terreno de la lucha de clases en el que sólo puede renacer la solidaridad de clase con la que cada proletario, más allá de su edad, sexo, nacionalidad, especialización, se sienta parte de un único movimiento internacional.

La huelga debe volver a ser un arma real de la lucha obrera: debe volver a ser proclamada hasta las últimas consecuencias y las negociaciones con la patronal deben llevarse a cabo sin interrumpir la huelga; la organización de clase proletaria debe volver a ser totalmente independiente de la patronal y de las instituciones burguesas y debe estar compuesta exclusivamente por obreros proletarios y asalariados. Los objetivos de la lucha de defensa inmediata deben volver a girar en torno a la reducción drástica de la jornada laboral, el rechazo de las horas extraordinarias y del trabajo a destajo, el contrato indefinido para todos, el rechazo del trabajo autónomo cuando en realidad es trabajo asalariado, el aumento real de los salarios que debe ser mayor para las categorías peor pagadas, la lucha contra la nocividad y contra la falta de medidas de seguridad en el trabajo, la lucha para que los salarios sean iguales para mujeres y hombres, nativos e inmigrantes; y debe incluir la lucha contra la criminalización de los inmigrantes y por su regularización inmediata facilitando su alojamiento, que no sea el de los centros de estancia temporal y de expulsión, verdaderos campos de concentración.

Entonces las grandes palabras sobre la emancipación del proletariado tendrán por fin un sentido verdadero, históricamente fuerte, representando una meta a alcanzar a través de luchas parciales pero tendentes al mismo objetivo. Fuera de esta línea, las luchas proletarias sólo mostrarán su impotencia, no asustarán a nadie; al contrario, contribuirán a la desmoralización y al aislamiento del proletariado, poniéndolo más fácilmente en la situación de ser, hoy, cada vez más esclavos asalariados y, mañana, carne para el matadero.

La mosca, vanidosa y presuntuosa... sienta cátedra

El grupo español que publica *'El comunista nueva edición'* ha escrito recientemente un texto (*'Le prolétaire-il comunista': punta de lanza de la degeneración del nuevo curso*) en el que nos acusa de ser los continuadores de lo que, antes de este grupo, las antiguas secciones de Turín, Ivrea, Schio, etc., entre 1980 y 1981, llamaban el 'nuevo curso', es decir, una orientación táctica que la dirección de centro imponía al partido desviándose de su línea táctica básica. Esta orientación táctica estimuló al partido a promover y practicar una actividad de intervención no sólo en el ámbito estrictamente sindical (como de hecho había intentado hacer en todos los años anteriores en el seno de los sindicatos tricolores, en particular en la CGIL italiana y en la CGT francesa), sino también hacia los nuevos organismos espontáneos constituidos por grupos de proletarios más combativos en diversas ciudades y sectores tradicionalmente más activos (metalúrgicos, trabajadores hospitalarios y postales, transportistas locales y nacionales, etc.) en oposición a las restricciones burocráticas de las direcciones nacionales y locales de los sindicatos tricolores, y en los movimientos sociales que implicaban a los proletarios en cuestiones de su vida cotidiana, como la vivienda, el paro, los inmigrantes, los soldados, la represión de las luchas, etc.

Una actividad de intervención de la que, siempre según los compañeros de aquella época, el partido debería haberse mantenido al margen, a pesar de que no había cesado en su actividad de crítica y oposición al colaboracionismo sindical en el seno de los sindicatos y de que, al mismo tiempo, había intentado establecer contactos, en los que también se abría la posibilidad práctica de contribuir a la organización de sus acciones de lucha, con las nuevas organizaciones de base que pretendían luchar al margen del control de los sindicatos tricolores, pero sin construir asociaciones económicas obreras «de partido» -como estaban haciendo muchos otros grupos de extrema izquierda- y sin ceder a acuerdos políticos entre los diversos grupos políticos que actuaban en este terreno. El grupo actual *'El comunista nueva edición'* no dice, entre otras cosas, que en 1981 reivindicó la plena autonomía del resto del partido; que lo justificó, a la manera de todos los oportunistas democráticos, con la situación totalmente «particular» de España; y que centró su actividad «política» en bases sindicalistas participando o constituyendo organismos inmediatos a través de los cuales podía atraer a los proletarios a su círculo de influencia, sustituyendo la actividad teórica y política del partido por la actividad práctica en el terreno esencialmente inmediato.

Queremos repetir —no tanto a los redactores de *El comunista nueva edición*, a los que creemos perdidos para siempre para la causa revolucionaria, como a sus lectores, completamente ignorantes de la historia de nuestro partido — lo que ya hemos ilustrado y explicado en todos los trabajos que hemos realizado sobre el balance de las crisis del partido en continuidad real con la lucha política llevada a cabo por el partido, en el partido y para el partido en todos los años anteriores y posteriores a la crisis de 1982-84. Por otro lado, están los periódicos del partido (puestos a disposición de todos los interesados sólo por nosotros en el sitio web, incluidos todos los viejos periódicos del Partido Comunista Internacional hasta la explosiva crisis de 1982-84), que pueden ser leídos y consultados libremente. No parece que los nuevos abogados de *El comunista nueva edición*, que dicen luchar contra la degeneración del partido, hayan hecho nunca un balance serio de las crisis del partido; por otra parte, no tenían ni el interés ni la fuerza. El método utilizado por este grupo no es demostrar su coherencia declarada con las posiciones clásicas del partido y la táctica correcta que debe derivarse de esas posiciones y que, según ellos, sería su táctica, sino apelar al epíteto de «nuevo curso», naturalmente «degenerativo», a la dirección que el partido tomó a partir de 1974 —es decir, tras superar la crisis activista/voluntarista representada en particular por una gran parte de la sección de Florencia, que se separó del partido en 1973— y que, según *El comunista nueva edición*, el centro habría impuesto al conjunto del partido exigiéndole una disciplina formal. ... a las órdenes recibidas desde arriba. *El comunista nueva edición* no se da cuenta de que, argumentando tal tesis, está dando una imagen muy mezquina de sí mismo y del partido, al que por otra parte sus compañeros de entonces se habían afiliado sin que nadie les obligara.

Pero los lectores de ese periódico deberían hacerse una pregunta: ¿en qué se basaron los miembros de este grupo, que militaban en el partido desde hacía algunos años, para separarse en 1981? No lo dicen. Lo decimos nosotros: el grupo de Madrid, que a finales de los 70 constituía la sección local del partido, teorizó en 1981 que el abismo entre las necesidades objetivas de la clase y la ausencia de organizaciones intermedias de clase debía ser llenado por la organización del partido; esto condujo a aquellos militantes a un activismo frenético de carácter sindicalista que, al mismo tiempo, relegó a un segundo y tercer plano las tareas teóricas, políticas y organizativas generales del propio partido. Los diversos intentos de cla-

rificación teórica y política que se hicieron con ellos no tuvieron éxito: aquel grupo de militantes radicalizó aún más sus posiciones sindicalistas incrementando su voluntad de autonomía de la organización centralista del partido, hasta el punto de situarse fuera de cualquier forma de disciplina orgánica y por tanto, política y organizativa, del propio partido. Pero, ¿no están acaso el sindicalismo y el anticentralismo a mil kilómetros de distancia del partido de clase tal como lo ha entendido siempre la Izquierda Comunista de Italia y nuestro partido?

¿Con qué cara se erigen hoy en «defensores» de la continuidad teórica, programática y organizativa del partido que ellos mismos combatieron mientras destruían el esfuerzo que el partido estaba haciendo por consolidarse en España?

La sección española del partido inició su actividad efectiva en 1974 con la publicación del periódico *El comunista*, una actividad que se venía preparando desde 1972 con la publicación de la revista *El programa comunista* y cuya redacción estaba centralizada, en un primer momento, por *Il programma comunista* (del que las dos publicaciones en español eran suplementos), para ser después suplementos de la revista teórica del partido *Programme communiste*. La zona ibérica y más aún la latinoamericana eran, como se ha demostrado históricamente en numerosas ocasiones, particularmente hostiles al marxismo ortodoxo y a la política comunista revolucionaria, dada la fuerte presencia de tradiciones autonomistas y anarquistas; el partido era consciente de que tendría que hacer esfuerzos considerables para implantar el trabajo político comunista revolucionario bajo la bandera del marxismo en esas zonas. No en vano, los elementos hispanohablantes (tanto de España como de América Latina) que se acercaron al partido y, con el tiempo, se convirtieron en militantes del mismo, eran todos ellos elementos que habían emigrado sobre todo a Francia y Suiza, donde se encontraron con una actividad del partido presente desde hacía años: en Francia desde los años 20, gracias a la emigración de camaradas de la Izquierda Comunista de Italia que escaparon a la represión del fascismo y, al mismo tiempo, lucharon contra el estalinismo imperante, y en Suiza, sobre todo desde los años 50, también gracias a la emigración de camaradas italianos de la Izquierda Comunista de Italia. Sólo tras el final del franquismo, a mediados de los años 70, fue posible plantearse una verdadera actividad pública del partido, tanto mediante prensa como con una actividad concreta en lo social, gracias al regre-

(sigue en pág. 8)

La mosca ...

(viene de la pág. 7)

so a España de compañeros españoles que habían emigrado.

Recordamos este cuadro ciertamente no para ensalzar la «nacionalidad italiana» de los camaradas de la época, sino para subrayar que la tradición comunista e internacionalista del comunismo se implantó gracias a un trabajo teórico y político sistemático estrechamente ligado a la defensa del marxismo ortodoxo, que fue sobre todo obra de Lenin y los bolcheviques en las dos primeras décadas del siglo XX y, más tarde, de la Izquierda Comunista de Italia, que supo demostrar concretamente su coherencia marxista revolucionaria a lo largo de su trayectoria histórica de lucha tanto contra el reformismo socialista, democrático y parlamentario, como contra el maximalismo, siempre dispuesto a apoyar de palabra los grandes objetivos de la revolución proletaria mientras en los hechos se comprometía sistemáticamente con el reformismo; y luego contra el estalinismo, que decretó la verdadera y definitiva degeneración de la Internacional Comunista. Un recorrido histórico que se caracterizó, después de la Segunda Guerra Mundial Imperialista, por un gigantesco trabajo de restauración teórica y política del marxismo, falsificado y destruido por el estalinismo y todas sus variantes, y en el que sólo los militantes de la Izquierda Comunista de Italia pudieron emplearse a fondo gracias, precisamente, a su profunda tradición marxista de lucha contra toda desviación del marxismo clásico y, sobre todo, contra las distintas formas de oportunismo, hijas de la democracia burguesa e imperialista. Una tradición de este tipo, de esta fuerza, no se forma sino en el terreno de la lucha teórica y política característica del marxismo desde su nacimiento y en el terreno de la participación política y organizativa en las luchas del proletariado en el terreno de la defensa de sus intereses inmediatos, teniendo siempre presente que el socialismo científico, es decir, el marxismo, no surge de la lucha inmediata del proletariado, sino fuera de ella y en paralelo a ella, en un plano que el proletariado, mientras sea una clase para el capital -es decir, una clase asalariada a disposición del capitalismo-, no podrá alcanzar a menos que abrace la perspectiva histórica de su emancipación llevada a sus filas por la intervención del partido de clase y a través de la influencia del partido en la parte más avanzada del propio proletariado.

En el partido, como recordamos en nuestro repaso a las crisis internas, entre 1979 y 1982 resurgieron, primero tenuemente, luego cada vez con más decisión, tendencias que además eran conflictivas entre sí y que antes definíamos como activistas-movimentistas y otras que pretendían mantener al partido «expectante», esperando eternamente, acontecimientos. El grupo de

militantes de Madrid desveló, en un momento dado, su tendencia activista (que encaja bien con el autonomismo y el anarquismo), asumiendo posiciones sindicalistas y anticentralistas; de hecho, formaron parte de las tendencias políticas que condujeron -fueran más o menos conscientes de ello - a la degeneración del partido. El hecho es que este grupo, tras su desvinculación del partido, se disfrazó de «partido comunista internacional» bajo el disfraz del antiguo periódico *«El comunista»* (cuya publicación fue suspendida a la fuerza debido a la crisis que se consumó en la escisión de la sección de Madrid y a la fragmentación del partido tras el estallido de la crisis de octubre de 1982), abanderando formalmente una «continuidad» con el partido contra el que habían luchado.

La actividad en el terreno sindical que el partido desarrolló desde el final de la II Guerra Mundial en la CGIL (considerada desde el principio un sindicato tricolor) respondía a los criterios clásicos que habían caracterizado la actividad de la Izquierda Comunista y que eran coherentes con el planteamiento que el propio Lenin había hecho respecto al deber de los comunistas revolucionarios de trabajar en el seno de las asociaciones económicas obreras -aunque estuvieran dirigidas por reformistas e incluso reaccionarios- para contrarrestar la influencia del oportunismo y el colaboracionismo e influir en los obreros más avanzados y combativos con el objetivo de ganar su dirección al calor de la futura reanudación de la lucha de clases del proletariado, pero sin ocultar que esta lucha contra las políticas y prácticas oportunistas de las direcciones sindicales también podía ser sofocada por las propias direcciones colaboracionistas mediante actos de fuerza y barreras estatutarias y burocráticas, impidiendo así cualquier posible intervención no sólo nuestra, declarados comunistas revolucionarios, sino también de todos aquellos trabajadores que se rebelaban tanto verbalmente como con posiciones y formas de lucha anticollaboracionistas en las asambleas sindicales. A raíz de las consecuencias de las crisis capitalistas sobre sus condiciones de trabajo y de vida, los proletarios más avanzados empezaron a oponerse a las direcciones sindicales no sólo verbalmente, sino también organizándose por separado para llevar a cabo sus luchas inmediatas de forma más decidida y enérgica, utilizando métodos y medios de lucha que ya no dependían de las «compatibilidades» y «necesidades» corporativas, como era normal en los bonzos sindicales colaboracionistas. Fue así como nacieron los comités de huelga en las empresas al margen de las estructuras sindicales oficiales, los comités de lucha y coordinación tanto territoriales como sectoriales, y era obvio que los promotores de estos organismos sólo podían ser proletarios politizados pertenecientes a las diversas organizaciones y grupos de extrema izquierda nacidos

a finales de los años sesenta y setenta (como Lotta continua, Avanguardia Operaia, Lotta comunista, Autonomia operaia, Operai contro, etc.), que abarcaban desde los prochinos hasta los trotskistas, desde los anarcocomunistas hasta los movimentistas, desde los espontaneistas hasta los resistentes nacional-comunistas, por hablar sólo de Italia.

El problema que el partido se planteaba, y tenía que plantearse, era establecer cómo entrar en las luchas obreras tanto a través de la actividad en los sindicatos oficiales -especialmente la CGIL en Italia y la CGT en Francia- siempre que los estatutos y la burocracia sindical permitieran nuestra afiliación, como a través de la intervención, allí donde nuestros militantes estuvieran presentes, en los nuevos organismos de lucha que se estaban formando al margen de los sindicatos oficiales, pero en los que convergían generalmente los proletarios más combativos.

¿Existía el peligro de que estos organismos de lucha fueran creados e influenciados directamente por los grupos de extrema izquierda extraparlamentaria de la época? Sí, existía porque esos grupos estaban mucho más presentes en las fábricas que nosotros, como, por otra parte, existía el peligro de ser tomados por el oportunismo estalinista y post-estalinista, sobre todo si eran elegidos como delegados en los consejos de fábrica, que los sindicatos tricolores -después de oponerse a ellos en sus inicios porque no emanaban directamente de ellos- habían convertido en sus propios órganos sindicales dentro de las fábricas y, por tanto, revestidos de una representación formal de los trabajadores frente a la dirección de la empresa. ¿Existía el peligro de que estos organismos de lucha fueran cascarones vacíos formados a propósito por grupos de extrema izquierda con el único propósito de ganar adeptos para sí mismos? Sí, existía ese riesgo, como siempre que los proletarios intentan liberarse de la burocracia sindical y/o de partido para dar rienda suelta a la necesidad de luchar más eficazmente en defensa de sus intereses inmediatos. El partido sabe de antemano que los proletarios siempre correrán el riesgo de caer en brazos de otras fuerzas falsamente clasistas, pero en realidad igualmente oportunistas, una vez que se hayan desprendido de las oficialmente colaboracionistas, y este peligro lo corren los propios militantes del partido que participan en esos organismos, tanto más si el partido no prepara directrices de acción y tácticas bien conectadas con su programa y línea política general, y si los militantes del partido, organizados en grupos comunistas de intervención sindical, no actúan con disciplina centralista según las directrices del partido. Son estas directrices las que el partido pretendió definir, sobre todo después de superar la llamada crisis «florentina», a través de las tesis sindicales de 1972 y de las circulares de 1974

y 1976 que hemos reproducido en los materiales utilizados para hacer balance de las crisis del partido (1). La receta de un partido que nunca corra el peligro de ser infectado por tendencias desviadas y oportunistas no ha sido inventada por nadie, sencillamente porque no existe, a menos que se quiera que el partido, para no correr el riesgo de equivocarse, no emprenda ninguna acción, ninguna intervención, y se limite a predicar la bondad de los principios del comunismo esperando que el proletariado se las arregle solo...

Es el propio partido, en virtud de sus fundamentos teórico-políticos establecidos en el cuerpo de tesis que lo distingue de cualquier otro partido, y en virtud de su método de trabajo y análisis de las situaciones, el que debe resolver los problemas tácticos que objetivamente plantean las condiciones materiales de la clase proletaria y las situaciones sociales más generales; no puede escapar a los riesgos, y nunca estará a salvo del error, ni zambulléndose en el movimiento social tal como se presenta contingentemente, creyendo que puede fortalecerse respirando la espontaneidad obrera, ni manteniéndose al margen de la vida cotidiana del proletariado, de sus dificultades en la lucha por la defensa y de su organización, esperando a que las masas proletarias, en virtud de una germinación espontánea de la conciencia de clase, se presenten en la escena histórica perfectamente preparadas para la revolución. Así aparece el voluntarismo y tiende, por un lado, a destruir el partido formal, el cuerpo físico de los comunistas que actúan en la situación real, y, por otro, a distorsionar y falsificar el partido histórico, es decir, la teoría con sus principios y dictados invariables.

Los camaradas de Turín e Ivrea representaban entonces, por sus largos años de lucha en el seno de la CGIL (Fiat, Olivetti, etc.), la experiencia obrera más importante en el partido, en la que se fijaba todo el partido y, por lo tanto, sus posturas tenían una influencia real en toda la red del partido; pero esta experiencia práctica combinada con la preparación teórico-política no fueron, sin embargo, suficientes para evitar que aceptaran las directivas equivocadas sobre la cuestión sindical que el partido tomó en los años entre 1969 y 1971 (hasta el punto de considerar a la CGIL no como un sindicato tricolor, sino como un sindicato de clase, e intentar «defenderla» de la unificación con la CISL y la UIL, considerando esta unificación como la reconstitución del sindicato fascista. ..). De hecho, la vigorosa rectificación de las posiciones del partido en esta cuestión (véanse las tesis sobre la cuestión sindical de 1972) y en otras relacionadas con ella, como, por ejemplo, la concepción del partido, no vino de esos camaradas, sino de camaradas de otras secciones y de otras procedencias sociales (lo que demuestra que no basta con ser obrero-

comunista para ser campeón de la coherencia con las posiciones fundamentales del partido). Pues bien, fueron estos antiguos camaradas, seguidos por otros procedentes de las diversas localidades, quienes se opusieron a las indicaciones emitidas por el centro del partido sobre su actividad «en contacto con la clase obrera», es decir, con los problemas de la vida cotidiana del proletariado en los diversos planos que no eran exclusivamente económicos en el suelo de la fábrica, sino, precisamente, tanto de lucha económica en el terreno inmediato como de lucha política en el mismo terreno inmediato. En esencia, sostenían que la actividad sindical del partido tenía que hacerse sólo en los sindicatos oficiales, por mucho que estuviera limitada por un burocratismo cada vez más intrusivo; y sostenían, de hecho, que de los intentos que hacían los proletarios de organizarse al margen de los sindicatos oficiales y casi siempre promovidos por trabajadores politizados por los diversos grupos de extrema izquierda, el partido tenía que mantenerse bien alejado porque el riesgo era caer en una especie de «frentismo político» con esos grupos. Este temor, además, demostraba poca confianza en la firmeza teórica y política del partido al que ellos mismos se remitían, una firmeza teórica y política que, en todo caso, debía reforzarse participando en los intentos de la clase obrera por reorganizarse sobre bases de clase y no separándose de ella.

Se trataba, para ellos, de esperar a que el proletariado se reorganizara un buen día por su cuenta en el «sindicato de clase», vaciando quizás los sindicatos tricolores, lo que facilitaría la intervención del partido sin que éste hiciera nada para ser reconocido como elemento decisivo en la reconstitución del sindicato de clase por parte de los trabajadores; se creía así con más posibilidades de éxito entre las masas trabajadoras el día de mañana sólo con la fuerza de su planteamiento político clasista y revolucionario. Cómo el partido habría podido ganarse la confianza del proletariado y cómo habría podido ejercer una influencia decisiva en las capas más avanzadas del proletariado, sin haber participado en todo el accidentado camino de la reorganización clasista de sus luchas, sin haberse dado a conocer en el terreno de la lucha de defensa inmediata y en todas las dificultades que esta lucha entraña... no se explicaba. No tenían la 'receta', como nadie la tenía; había que esperar una afortunada combinación astral en la que partido y clase se encontraran mágicamente y esperar que ese encuentro desencadenara el inicio de la fase positiva de la revolución... Por eso lo llamamos «atendimiento», que en italiano significa actitud de espera continua.

La necesidad del partido, dado

también su desarrollo en los años que precedieron al fatídico año de la anunciada crisis capitalista mundial de 1975 (predicción acertada) y de la crisis revolucionaria consiguiente (pronosticada veinte años antes, pero que no se produjo), era afrontar con decisión una fase en la que su propia existencia le exigía objetivamente intervenir en la clase no sólo como organismo de propaganda del comunismo revolucionario sino también como organismo capaz de dar indicaciones clasistas de lucha y organización obrera independiente del colaboracionismo sindical y político, pero que, a través de sus militantes, fuera también capaz de participar en la organización y en la defensa no sólo de las luchas parciales de clase sino también de los organismos inmediatos que estaban a la cabeza de esas luchas.

Era evidente para nosotros y, en general, para el partido en ese momento, después de la ruptura con la mayoría de los camaradas toscanos en 1973, saliendo de esa extraña forma última de activismo sindicalista que lo había impregnado durante algunos años, que los problemas de orden político inmediato también tenían que ser respondidos por nosotros, como, por ejemplo, conseguir que las direcciones de las empresas reconocieran como válidas las reivindicaciones proletarias aunque sólo fueran apoyadas por los organismos de lucha inmediata creados al margen de los sindicatos tradicionales - como fue el caso de los trabajadores de los hospitales de Milán y Florencia en 1978-. Que esta actividad del partido - como cualquier acción práctica - presentaba el peligro de deslizarse hacia el inmediatismo, como se ha dicho y demostrado, era un problema que el partido tenía bien presente. El centro, de hecho, nunca dejó de advertir a los camaradas que no cayeran en esa trampa, pero sostenía al mismo tiempo que se equivocaban aquellos camaradas que, para no caer en el inmediatismo o en el frentismo «político» se abstendían de cualquier actividad que no fuera puramente sindicalista de fábrica y sólo dentro de los sindicatos tradicionales - incluso cuando esta actividad se hacía prácticamente imposible por la acción de las burocracias sindicales, descalificando así todos los intentos que los proletarios más combativos, aunque fueran militantes o simpatizantes de otros grupos políticos, hacían para dar a su lucha un carácter anticolaboracionista. Surgía así una visión completamente errónea de la formación real y contradictoria de los nuevos organismos de lucha inmediata independientes del colaboracionismo interclasista a través de los cuales debía madurar inevitablemente la formación de las futuras asociaciones de lucha obrera clasista, los futuros «sindicatos de clase».

Forjar relaciones menos tenues, locales y contingentes con la clase - tal como estaba escrito en la circular central del 26. 3 1976 (2) - fue la tarea que el partido emprendió, no con un sentimiento de «culpa» por un supuesto «retraso»

(sigue en pág. 10)

La mosca ...

(viene de la pág. 9)

en comprometerse en este terreno, sino con la conciencia de que, objetivamente, frente a las reacciones de la clase obrera a los efectos de la crisis y a las contrarreacciones de la clase dominante, tenía que asumirla si quería tener confianza en la perspectiva para la que se había constituido treinta años antes desarrollando el inmenso trabajo de restauración teórico-política, base indispensable para dar sentido a hablar de un partido comunista internacional y a su acción hacia y en la clase proletaria.

Esta actividad recordaba -es cierto que en una situación histórica completamente diferente a la de 1921- la perspectiva subrayada por Amadeo Bordiga en el Congreso de Marsella del Partido Comunista Francés (un partido tan «abierto» a la acción electoral y parlamentaria como «cerrado» y «sordo» a la acción reivindicativa), y recordada en la circular de 1976 antes citada: «*debemos reunir en todo nuestro trabajo estos tres factores de la acción comunista: **propaganda, acción, organización. Son inseparables. En cada episodio de la lucha social en que un pequeño grupo de trabajadores explotados se levanta para plantear la cuestión de sus condiciones de existencia, nuestra propaganda debe intervenir y decir algo. Debe explicar cómo el comunismo es el desarrollo de la natural lucha de clases... pero no debe limitarse a ello. A los comunistas no les basta con iluminar los cerebros. También deben organizar sistemáticamente estos grupos... de trabajadores que no están en condiciones de convertirse en militantes del partido, pero que, sin embargo, pueden engrosar las filas revolucionarias en los momentos decisivos***» (el subrayado es nuestro). Desde el ejemplo mínimo de los comités de huelga, en defensa de los parados, de los inmigrantes, del trabajo femenino e infantil, etc., hasta el encuadramiento de los «elementos ganados por la actividad real del Partido», «en las diversas redes organizativas de que dispone el Partido, de las que tiende a obtener la expansión incesante, y cuya existencia independiente y continuidad deben garantizarse en todas las circunstancias» («Programa de Acción del Partido Comunista de Italia», 1922, presentado en el IV Congreso de la I.C.). Se abría un inmenso campo para el Partido -ciertamente no en su alcance inmediato, pero sí en su **tendencia histórica** y en su **esfuerzo político-organizativo**.

De hecho, si se quisiera hablar de un 'nuevo curso', éste sería precisamente la abstención de esa tarea que el partido asumió, consciente de los problemas y peligros que podía correr: es decir, una posición que limitase la actividad del partido a la pura propaganda de los principios, de los grandes objetivos revolucionarios y de la crítica de las posiciones reformistas

y contrarrevolucionarias, iluminando a los pocos «cerebros» dispuestos a escuchar las palabras del partido, sin seguir una de las indicaciones fundamentales que distingue a nuestro partido, a saber, buscar el contacto con la clase obrera y su lucha de resistencia a la presión y opresión del capitalismo y de la burguesía. El contacto con la clase obrera y su lucha de defensa en el terreno económico y político inmediato, no significaba sumergirse en el movimientismo, no significaba convertir la intervención del partido en una de las muchas formas de inmediatismo (espontaneísmo, contingentismo, aventurerismo, sindicalismo, activismo), sino establecer una relación clasista de confianza entre el órgano-partido y la clase proletaria, sabiendo que la confianza del proletariado sólo se gana participando en su lucha diaria de resistencia al capital y en su organización, compartiendo físicamente las mismas dificultades en la lucha no sólo contra la opresión salarial y social del capitalismo, sino también contra el oportunismo colaboracionista que es una fuerza de esa opresión.

¿Existe un vademécum seguro para la actividad práctica del partido en sus diferentes etapas de desarrollo y en las diferentes situaciones en las que se encuentran las masas proletarias? No, no existen recetas prefabricadas para cada situación concreta que se presenta en el tiempo y en el espacio. El partido, sin embargo, en sus treinta años de trabajo en la restauración teórica y política del marxismo desde el final de la Segunda Guerra Mundial en adelante, ha trazado líneas y normas tácticas muy precisas que han sido recordadas en diversos escritos, empezando, por ejemplo, por las Tesis características de 1951, donde, tras afirmar en el punto 8, que «*El partido, a pesar del reducido número de sus adherentes, determinado por las condiciones netamente contrarrevolucionarias, no cesa de hacer proselitismo y de propagar sus principios en todas las formas orales y escritas, aunque sus reuniones sean poco numerosas y su prensa de tirada limitada*», y que «*El partido considera la prensa en la fase presente [una fase que desgraciadamente resultó ser mucho más larga de lo que se podía imaginar entonces, NdR.] como la actividad principal, siendo uno de los medios más eficaces que permite la situación actual, para indicar a las masas la línea política a seguir, para una difusión orgánica y más amplia de los principios del movimiento revolucionario*», en el punto 9, precisa: «*Los acontecimientos, y no la voluntad o la decisión de los hombres, determinan así también el sector de penetración en las grandes masas, limitándolo a un pequeño rincón de la actividad general. Sin embargo, el partido no pierde ocasión de entrar en cada grieta, en cada resquicio, sabiendo muy bien que no habrá recuperación hasta que este sector se haya ampliado enormemente y se haya convertido en dominante*'.

* * *

Ninguna actividad política y prác-

tica del partido es inmune a priori a la posible influencia de visiones y orientaciones contrarias a las del comunismo revolucionario; el partido actúa en la realidad de una sociedad atiborrada de contradicciones e intoxicada por la acción de las más diversas fuerzas oportunistas y contrarrevolucionarias contra las que, por supuesto, es necesaria una incesante producción de anticuerpos, lo que sólo puede lograrse mediante un trabajo sistemático en estrecha conexión con la teoría marxista restaurada y el balance dinámico de la contrarrevolución que, por mor de la síntesis, llamamos estalinista, aplicando el método de trabajo y de asimilación teórica y política que sólo el trabajo común y fundamentalmente antidemocrático y antilocalista puede llevar a cabo con éxito. Es el correcto manejo de la teoría marxista y la firme orientación centralista que responde al programa del partido y a las líneas políticas que no pueden ser cuestionadas ni por el centro dirigente ni por las secciones o camaradas de la periferia, lo que pone al partido en condiciones de aplicar la táctica correcta y, en caso de que una determinada táctica resulte errónea -como así ha sucedido-, corregirla con el menor daño posible a la compacidad orgánica del partido.

Exactamente lo contrario hizo el grupo de Madrid, que en 1981 rompió con el partido sobre posiciones activistas y sindicalistas y que, desde mayo de 1983, se presenta con la cabecera *El comunista* (que hasta enero-febrero de 1983 fue el periódico del partido para España), añadiendo *nueva edición* al título, pero defendiendo posiciones activistas y sindicalistas que siempre han sido antitéticas a las del partido. Con esta «treta» del todo formal y engañosa, este grupo quiso disfrutar de un reconocimiento político pasado que no les pertenecía, haciéndose pasar por comunistas ortodoxos, reivindicando un vínculo con la corriente de la Izquierda Comunista de Italia con la que, de hecho, habían roto toda continuidad política y organizativa. Al presentar en nuestro sitio la antigua cabecera del partido *El Comunista*, publicado como decimos desde mayo de 1974 hasta enero-febrero de 1983, escribimos lo siguiente:

«*La crisis política y organizativa que azotó al partido a partir de 1979 lo debilitó hasta el punto de que los desacuerdos internos, debidos esencialmente al choque entre las tendencias activista-movimentista, de tipo 'attendista' e indiferentista y de tipo liquidacionista, llevaron a la organización a la explosiva crisis de 1982-84. La publicación de «El comunista» continuó hasta enero-febrero de 1983, pero pocos meses después desaparecían las secciones españolas. Pero ya a finales de 1980, el grupo de militantes españoles del partido que encabezaba la sección de Madrid se enroló en posiciones activistas y sindicalistas y, sobre todo, reivindicó su propia autonomía respecto al centro del partido, justificándola con la trillada y retrillada idea de que las particularidades*

históricas de España requerían una gestión «local». La fase de desacuerdos internos y desviación sindicalista de la sección española terminó con la salida del partido de todos los camaradas presentes en la península ibérica en aquel momento; algunos, completamente asqueados por la deriva confusa y la demagogia ligada al caudillismo personal, se retiraron a la vida privada; otros se reorganizaron, sobre la base de una mezcla putrefacta de sindicalismo y antipartidismo, publicando un periódico con el mismo título que el antiguo órgano del partido, tomándose la libertad de declararlo «órgano del partido comunista internacional», pero añadiendo sistemáticamente las palabras «nueva edición» e insertando la vieja mancheta «lo que distingue a nuestro partido», lo que, dadas las posiciones totalmente antipartido que defiende este grupo, no es más que una ridiculización del partido y de la Izquierda Comunista, enarbolada como una bandera desteñida con el único propósito de confundir aún más a quienes podrían verse impulsados a conocer más a fondo las verdaderas y originales posiciones de la Izquierda Comunista y del Partido Comunista Internacional».

Esta obra de confusión y distorsión de las posiciones de la Izquierda Comunista de Italia y del partido sigue viva y operativa gracias al grupo madrileño del que hablamos y, como vemos, no ha terminado.

El gran problema táctico, que el partido debía (y debe siempre) afrontar, era dar indicaciones correctas para no desaprovechar las oportunidades que la propia realidad de las contradicciones sociales producía para entrar en esas fracturas, en aquellos destellos (previstos por nuestras tesis) que se abrían en las realidades sociales y que objetivamente daban una posibilidad concreta a la actividad práctica del partido para entrar en contacto con aquellos grupos de trabajadores que intentaban sacudir el peso del oportunismo colaboracionista abriéndose a su manera, incluso confusamente, a los medios y métodos de la lucha de clases propagados por el partido desde siempre. Como hemos dicho una y mil veces, no existe un breviarario del que sacar en cada ocasión la solución contingente más acertada, y la solución propuesta por los «florentinos», que creían poder aplicar de igual manera la táctica sindical del Partido Comunista de Italia de 1921 evaluando la situación social de 1969 como similar a la de 1921, no era ciertamente una solución correcta, considerando el sindicato de la CGIL como si fuera la CGL de 1921, es decir, un sindicato «de clase» y no un sindicato «tricolor», y como si el proletariado estuviera dispuesto a reanudar la lucha de clases a gran escala para cuyo desencadenamiento era suficiente deshacerse de las direcciones oportunistas...

El partido sabía y sabe que la dirección táctica de su acción descien- de estrictamente de los principios y

del programa que lo identifican y, por tanto, de la línea política general de su actividad, pero también sabe que es la buena táctica la que hace un buen partido, y que la buena táctica es el resultado de la correcta evaluación de las situaciones, lo que en realidad es una cuestión teórica. Si la evaluación de la situación no es correcta desde el punto de vista marxista, entonces la táctica que sigue tampoco es la correcta; el error de evaluación -y, por tanto, de la táctica adoptada- puede corregirse, y el partido debe hacer todo lo posible por corregirlo, a condición de que vuelva a conectarse con el método de análisis de las situaciones ya establecido en la restauración teórica; el partido, por tanto, niega validez al método por el que se produce el cambio de táctica al ocultar, al olvidar, al considerar obsoleto el resultado de todo el trabajo de restauración teórica y de evaluación de la contrarrevolución realizado por el partido en las décadas anteriores, apoyándose, en cambio, en el descubrimiento de «nuevas situaciones no previstas por el partido» y que exigen, por tanto, renegar de las orientaciones tácticas y políticas ya definidas por este. La previsión de las situaciones sociales relativas al curso cíclico de las crisis capitalistas y a los cambios en la relación de fuerzas entre los Estados y los imperialismos, y entre la burguesía y el proletariado, forma parte de la teoría marxista y no cambia con cada sople de viento. Otra cosa es predecir el momento exacto en que la crisis social y revolucionaria se combinará con la crisis capitalista mundial. Aquí los comunistas revolucionarios, empezando por Marx y Engels, siempre han esperado que el movimiento proletario madurara desde el punto de vista de clase para aprovechar las grandes crisis capitalistas, y esperaron la revolución proletaria y comunista en 1848, en 1864, en 1871, y Lenin, con todos los artifices de la Revolución de Octubre y de la Internacional Comunista esperaron la revolución en Europa, y por tanto en el mundo, en los años inmediatamente posteriores al final de la Primera Guerra Mundial, empezando por Alemania, y luego esperaron veinte años (de buenas relaciones con el campesinado por parte de la dictadura proletaria en Rusia firmemente dirigida por el bolchevismo leninista, ¿recuerdan?), o incluso durante cincuenta años como Trotsky le echó en cara a Stalin respondiendo que el poder proletario y comunista nunca sería abandonado por el retraso de la revolución en Europa. La cita histórica con la revolución se aplazó durante décadas, y no por el error de un Lenin o un Bordiga; los factores desfavorables a la maduración revolucionaria del proletariado europeo y de los partidos comunistas europeos fueron más fuertes que los factores favorables a la revolución. De las derrotas era y es necesario extraer las lecciones acertadas, no tanto para dejar de cometer errores -lo que es objetivamente imposible- como para preparar al partido de forma orgánica, unida y constante para

afrontarlos y superarlos. Pretender que no existieron, como hizo el grupo del Nuevo «Programa Comunista», es nocivo. Lenin escribió en *El Izquierdismo*: «La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar la seriedad de ese partido y el cumplimiento efectivo de sus deberes hacia su clase y hacia las masas trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlos: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir a la clase y, por tanto, a las masas.»(3). Y Amadeo Bordiga lo remachó con fuerza en 1925, en el artículo «El peligro oportunista y la Internacional», subrayando que «la crítica sin error no daña ni una milésima parte de lo que daña el error sin crítica».

Si retrocedemos en el tiempo, ciertamente no podemos decir que el partido bolchevique, a pesar de contar con un Lenin entre sus miembros, no cometiera errores o que camaradas de talla sin parangón como Zinóviev, Bujarin o Trotsky no adoptaran posiciones equivocadas y particularmente perjudiciales para el partido, y no sólo en el momento de la decisión de desencadenar la insurrección revolucionaria o en el momento de la paz de Brest-Litovsk, sino, por ejemplo, sobre la cuestión del frente único político, sobre la militarización de los sindicatos, sobre los partidos «simpatizantes» de la I. C., etc. La Izquierda Comunista de Italia, y Amadeo Bordiga en particular, nunca culpó personalmente a esos camaradas, como tampoco culpó al individuo Stalin, de los errores del partido bolchevique o de su degeneración y de la degeneración de la I.C., sino que siempre lo hizo un problema de condiciones objetivas y de maduración colectiva del partido-órgano. Por otra parte, incluso en el seno del partido comunista internacionalista al que Amadeo y otros muchos camaradas de la izquierda comunista hicieron su aportación como militantes comunistas, más allá de las formalidades de la pertenencia, coexistían posiciones encontradas que debían ser identificadas, criticadas y corregidas con un trabajo político estrechamente ligado a la restauración teórica y programática del marxismo y al balance de la contrarrevolución estaliniana; posiciones que debían ser corregidas a sabiendas de que el desastre provocado por la contrarrevolución estalinista había producido confusión, vacilaciones, ilusiones y decepciones, incluso en camaradas firmemente anclados en la experiencia de la izquierda comunista, y que no debían ser «condenados» porque la readquisición de las posiciones y tesis marxistas correctas tardara mucho más de lo deseado. E incluso cuando la estructura del partido se muestra homogénea desde el punto de vista

(sigue en pág. 12)

La mosca ...

(viene de la pág. 11)

teórico-programático y se muestra convencida de los criterios centralistas en el terreno organizativo, las propias acciones del partido ponen constantemente a prueba al partido y a cada uno de sus miembros sobre el planteamiento general del partido y su aplicación práctica y táctica. Puesto que la táctica del partido no se concibe como un resultado automático de las tesis generales que el partido se ha dado, y puesto que el partido tiene que enfrentarse a diferentes situaciones siempre sobre la base de la invarianza marxista pero sin despreciar los cambios en las relaciones sociales y en las relaciones de fuerza producidos por el desarrollo y las crisis del propio capitalismo, es algo obvio desde el punto de vista materialista que el partido, o una parte de él, puede cometer errores. Lo importante, como decían Lenin y Bordiga, es que se reconozcan y corrijan los errores, pero esta labor de reconocimiento y corrección el partido sólo puede hacerla a condición de no desvirtuar la teoría marxista o parte de ella. No parece que el sindicalismo y el anticentralismo sean características del marxismo revolucionario.

* * *

La persistencia de la influencia contrarrevolucionaria del colaboracionismo interclasista y de la democracia sobre las amplias masas proletarias de los países capitalistas avanzados determina todavía las condiciones desfavorables para la reanudación de la lucha de clases proletaria y, por tanto, para la posibilidad de que el partido de clase extienda su acción e influencia clasista y revolucionaria en las filas proletarias. Esto no quita para que el partido, aunque exista hoy más como su núcleo embrionario que como partido actuante e influyente en la sociedad, deba asumir las tareas del partido compacto y poderoso de mañana, sin emular los aspectos organizativos del organismo que dirigirá la revolución de mañana, pero preparando las bases, defendiéndolas de todo ataque oportunista, sobre las que se desarrollará ese partido.

De ello se deduce fácilmente que cada aspecto de la actividad del partido, a pesar de su especificidad, está estrechamente ligado a todos los demás aspectos y que, sobre todo, levantar una barrera entre la teoría y la praxis, es decir, entre los dictados teóricos marxistas, que definen al partido histórico, y la acción del partido en la realidad física y social que define al partido formal, es condenar al partido al oportunismo y, por tanto, a su liquidación anticipada como partido revolucionario de la clase proletaria. Si a ello se añade, como en el caso del grupo español del que hablamos, la oposición al centralismo

del partido por una especie de democracia local justificada con las más absurdas motivaciones que ya en los años veinte caracterizaban a oportunistas mucho más preparados y refinados que los actuales «madrileños», entonces queda claro que todo el castillo de citas con el que pretenden llenar una autodenominada línea continua entre la Izquierda Comunista de Italia, el partido comunista internacional de ayer y su línea política pasada y actual, es un castillo con un fundamento teórico inexistente. Las citas de nuestros textos clásicos, sacadas de su contexto y recogidas con el único fin de justificar exactamente lo contrario en términos políticos y concretos, constituyen así una especie de cortina de humo a través de la cual se ocultan las verdaderas posiciones activistas y antipartido.

¿Por qué ocultar sus orígenes sindicalistas y anticentralistas como hace el grupo político del que hablamos? Evidentemente se avergüenza. Hoy, en el clima de una especie de «redescubrimiento» en España de la izquierda comunista por parte de intelectuales y grupos antipartido como el Grupo Barbara y similares, en un país que no puede contarse entre aquellos en los que históricamente ha arraigado una tradición comunista revolucionaria como Francia, Alemania, Italia, Rusia, y en el que el partido de ayer no ha tenido la oportunidad de arraigar durante décadas como ocurrió en otros países; en un clima en el que existe una búsqueda incesante de visibilidad política construida sobre cimientos antipartidistas, asistimos al miserable espectáculo de un grupo como *El comunista nueva edición* que oculta su inmediatismo contoneándose como vestales de la ortodoxia ante un público que ignora los verdaderos orígenes de estas nuevas vestales.

Gente así trabaja contra la reconstitución del partido de clase, enmascarándose hoy, como hicieron los estalinistas, prochinos y cualquier otra vertiente oportunista y contrarrevolucionaria, presentándose como dogmáticos marxistas acérrimos mientras ayer escupían sobre el partido histórico defendido denodadamente por esa misma izquierda a la que hoy quieren doblegar, desvirtuándola, para justificar su activismo y anticentralismo con inventadas situaciones particulares de España... En el mercado del inmediatismo, hay muchos grupos de extrema izquierda, y no es de hoy, que se disputan una conexión o incluso un vínculo con la corriente de la Izquierda Comunista de Italia; su mercancía, como es obvio en el mundo del comercio de principios, dependiendo de cómo sople el viento, se empaqueta en envases que la hacen más agradable al público consumidor del momento: pero la mercancía es siempre la misma, estropeada desde el principio por un sustancial politiqueo.

Tendencias opuestas, pero objetivamente convergentes, han actuado contra el partido.

Inevitablemente, el inmediatismo,

al igual que el voluntarismo, lleva a debilitar las fuerzas del proletariado cada vez que sus grupos más combativos intentan zafarse del abrazo del colaboracionismo, metiéndolos en otros túneles de los que no hay salida revolucionaria; no sólo eso, sino que están condenados -cuando la situación social se vea realmente sacudida por crisis aún más profundas y cuando la burguesía dominante se prepare seriamente para la tercera guerra imperialista- o a desaparecer del horizonte político autodenominado revolucionario, abandonando a su suerte a los proletarios que les hayan seguido hasta entonces, o a transformar su inmediatismo, su voluntarismo en el nacionalismo belicista más putrefacto justificándolo, por enésima vez, con «la situación imprevista», con la participación en la guerra burguesa porque el país y, por tanto, el proletariado, ha sido «atacado» por fuerzas y estados reaccionarios a los que resulta prioritario vencer... antes de desencadenar la lucha de clase revolucionaria contra su propia burguesía. Hemos visto demasiadas veces en la historia pasada estos retrocesos, estas traiciones abiertas a la causa proletaria, especialmente desde el estallido de la primera guerra imperialista mundial en adelante.

* * *

El comunista nueva edición pretende asimismo demostrar a sus lectores, cuarenta años después de la crisis explosiva del partido en 1982, que nuestros periódicos «Le prolétaire» e «Il comunista» fueron y son la punta de lanza de la degeneración del partido, y que esta degeneración -calificada de «nuevo curso»- se habría originado en los años 70, repitiendo como loros lo que afirmaban los antiguos militantes de Ivrea, Turín, Schio, Marsella, etc. No es el primer grupo que se toma la molestia de atacarnos, ni será el último; hasta ahora habíamos oído de todo. Pero aún no nos había sucedido ser atacados no por quienes exponen sus posiciones políticas, tratando de demostrar su coherencia con las posiciones clásicas del marxismo revolucionario y con las de la Izquierda Comunista de Italia y, por tanto, del Partido Comunista Internacional de ayer, sino por quienes lanzan una especie de arenga de abogado al uso en los tribunales burgueses, mezclando inferencias y formalismos que nada tienen que ver con los hechos reales de la lucha política que tuvo lugar en el seno del partido; que, de hecho, pretenden «demostrar» lo que nunca ha sucedido, basando así sus acusaciones en falsedades. Los lectores tendrán que armarse de paciencia, pero hay que desenredar esta madeja.

Sobre las críticas a las posiciones erróneas adoptadas por el partido a partir de los años 70, llegan tarde, ya las hicimos nosotros entonces y, sobre todo, el trabajo de balance de las crisis del partido que se puede encontrar en la prensa del partido, disponible íntegramente en www.pcint.org.

Nuestra crítica nunca ha ido dirigida a descalificar la actividad del partido en el que hemos militado durante décadas -algo que, por el contrario, junto con otros grupos de ex militantes es lo que han hecho y están haciendo los nuevos abogados de *El comunista nueva edición*-, sino que siempre ha ido dirigida a reconectarnos con la correcta línea política del partido definida por el trabajo de restauración teórica y política desarrollado en las décadas posteriores al final de la II Guerra Mundial y a través de un balance dinámico de la revolución de octubre del 17 y la contrarrevolución estalinista, al margen de todo personalismo y politiquero. Los abogadillos de *El comunista nueva edición* añadieron a la acusación de «degeneración», como harina de su costal, la acusación de la «continuidad» de esa «degeneración» a través de los formalismos que necesariamente ha utilizado, y utiliza, el partido para publicar legalmente su prensa.

Y aquí es necesario aclarar políticamente, para los lectores de su periódico, cómo en Italia existe la función formal del 'editor responsable' que exige la ley para publicar legalmente un periódico, del mismo modo que por obligación legal debe haber un 'propietario comercial' del propio periódico, que puede ser la misma persona o personas diferentes. Si no existieran tales obligaciones, la prensa de partido no necesitaría escribir ningún nombre de «responsable», sino sólo la dirección de los lugares donde se reúnen las secciones del partido y con las que contactar.

Que la figura totalmente formal del «director responsable», exigida por la ley, no tenía una función de dirección política en el partido, lo demuestra también el hecho de que durante varios años el director responsable de «ilprogramma comunista» no fue Bruno Maffi, que también era miembro del centro, sino que fueron camaradas que con el tiempo demostraron ser totalmente opuestos a la dirección política y organizativa del partido, como fue el caso, entre 1970 y 1973, de un camarada de Toscana que estuvo entre los promotores de la facción «florentina» y de su desvinculación del partido, y el caso posterior de un camarada de Ivrea, que participó él mismo, entre 1980 y 1981, en las posiciones expresadas posteriormente en forma de *attendismo* por las secciones de Turín, Ivrea, Schio, etc. Más allá de que sus convicciones políticas en algún momento de su actividad en el partido divergieran de las de la dirección central, el partido nunca les impidió participar en labores de clarificación interna, mientras que se excluyó por principio que los camaradas llamados a cubrir la función formal de «redactor jefe» del periódico la utilizaran para doblegar las posiciones del partido a las suyas personales o de grupo. La orientación política del partido seguía siendo disciplinadamente la orientación que el partido se había dado a sí mismo sobre la base del largo trabajo

común de restauración doctrinal y de balance de la contrarrevolución y que el centro tenía la tarea de sintetizar aplicando las directivas políticas y prácticas según la disciplina centralista, una disciplina de partido que fue rota repetidamente por camaradas discrepantes mediante reuniones horizontales entre secciones, a escondidas del centro del partido. En los casos de Turín, Ivrea, Schio etc., la acusación fue que el partido se había desviado de sus posiciones clásicas escritas en las tesis hasta 1966 (es decir, desde que Amadeo Bordiga, que entonces sufrió una grave enfermedad, ya no pudo llevar a cabo una actividad política constante como antes), pero su acción nunca fue el resultado de un acto de fuerza con el que derrocar la dirección política del partido, como fue el caso del Centro Internacional de París en 1982 y del Comité Central «italiano» en 1983, que en Italia tomó el control de la dirección política y del periódico «El programa comunista».

Por supuesto, frente a eventuales discrepancias políticas un compañero que cubre funciones dirigentes tiene la sencilla solución de no cubrirlas más, pidiendo que le sustituyan y volver a ser un militante de base al cual en cualquier caso, como a todos los militantes del partido, por principio no se le impide expresar sus dudas convicciones o discrepancias, pero sin romper la disciplina centralista del partido. El ejemplo de Amadeo Bordiga, y de todos los camaradas de la Izquierda en los años 20, cuando la Internacional Comunista sustituyó a la dirección del PC de I por camaradas más fieles a las líneas políticas tomadas por la I.C., era demostrar que cada camarada individual, convencido de sus propias posiciones en divergencia con la línea política, táctica y organizativa que se había impuesto en el partido, puede seguir defendiendo sus propias posiciones sin romper la disciplina centralista del partido, al menos mientras en la organización del partido se le permita expresar sus propias posiciones, orientando esta actitud hacia el enderezamiento potencial del partido de cuya desviación se está convencido. Por supuesto, como se afirma en las Tesis de Nápoles de 1965 (4), quien no esté de acuerdo con el camino emprendido por el partido y no se sienta a la altura de las arduas tareas históricas asumidas por el partido y definidas en sus tesis, sabe muy bien que puede tomar cualquier otra dirección que diverja de la nuestra.

Volvamos, por un momento, a la cuestión del cumplimiento de las obligaciones legales con respecto a la publicación de la prensa del partido. Siguiendo este planteamiento del problema, en 1952, cuando el grupo que seguía a Damen solicitó al tribunal que retirara al partido el periódico «Bataglia comunista» dándosele a su «propietario comercial», el partido redactó el famoso aviso *Al lector* (5) en el que se lee: «*Como se trataba de hacer valer contra el partido, contra su continuidad ideológica y organiza-*

tiva y contra su periódico, y por supuesto después de haberlo incautado, una propiedad comercial ficticia que sólo existe en la fórmula burocrática que impone la ley, no nos prestamos a disputas y contradicciones entre personas y nombres; sufriremos las imposiciones ejecutivas sin ir al terreno de la justicia constituida. Los que se han acogido a ellas ya no podrán venir al terreno del partido revolucionario. Es por tanto inútil hablar de sus nombres y motivos, hoy y después.»

Pues bien, en 1983, exactamente esa acción legal fue emprendida por quienes se apropiaron del periódico del partido «Il programma comunista», haciendo valer, contra el partido y su periódico, una propiedad comercial ficticia que sólo existía en la fórmula burocrática impuesta por la ley. En aquel momento, tratamos de convencer a Bruno Maffi y a los camaradas de que no descendieran al nivel al que Damen y compañía habían descendido en 1952, instándoles en cambio a reanudar la lucha política interna junto con nosotros contra las diversas desviaciones que habían sumido al partido en la crisis, pero de la que de hecho se habían retirado, dejando el campo libre a la acción degenerada del Comité Central y abandonando al mismo tiempo a todos los camaradas de la periferia aislados y en la mayor confusión. Habiendo tomado el camino de la acción legal, el grupo de Maffi también rompió inevitablemente la posibilidad de trabajar con nosotros para hacer balance de las crisis que habían destruido el partido, sembrando, en cambio, una mayor desorientación entre los camaradas que intentaban salir del desastre de la crisis sobre posiciones claras en línea con la tradición del partido y de la izquierda comunista. Esta acción causó un daño ulterior al partido, no sólo entre las secciones italianas, sino también entre los camaradas que se estaban reorganizando tras la crisis de octubre de 1982 en Francia y Suiza, dando además espacio a la obscena operación de burla de los miembros del Comité Central (C.C.) contra la Izquierda Comunista de Italia y el partido que proseguía su trabajo teórico y político, acusando a unos y a otros de un «vicio de origen» que consistía supuestamente en no saber «hacer política» lo que, para estos liquidadores de última hora, significaba deformar los fundamentos teóricos del partido para hacerlo maleable a cualquier compromiso contingente con el fin de aumentar su número de afiliados. Y así, para mayor disgusto de los camaradas que precipitaron la acción legal contra el partido y su periódico, el Comité Central se permitió el lujo de lanzarles a la cara la feroz crítica contenida en la nota «*Al lector*» de 1952 (que ya hemos mencionado), como si al C.C. le importara realmente la continuidad ideológica y organizativa del partido cuando, en realidad, la estaba rompiendo definitivamente.

(*sigue en pág. 14*)

La mosca ...

(viene de la pág. 13)

La gran desorientación creada en el partido exigía un trabajo de recuperación de la línea histórica del partido y de balance de la crisis que podía llevar, y de hecho llevó, años, pero al que era urgente dedicarse. Presupuesto que el grupo del nuevo «Il programma comunista» consideraba superfluo e incluso perjudicial porque, en su opinión, sólo se trataba de «retomar el camino» una vez eliminada legalmente la «camarilla» que se había apoderado del periódico. Se olvidaba que aquella «camarilla» estaba formada en realidad por representantes de las secciones italianas más importantes que habían permanecido en pie tras la crisis de 1982, y que contaban con el apoyo de gran parte de los camaradas de sus respectivas secciones, contra cuyas posiciones era necesaria una feroz lucha política interna, no sólo para arrancar de su influencia al mayor número posible de camaradas, sino también para preparar la inevitable ruptura organizativa con claridad política. Bajo el pretexto de la «camarilla», el grupo del nuevo «Il programma comunista» quiso justificar su acción legal alegando que el problema primordial del momento era ... salvar el honor del partido; ¡todo un rescate, en efecto, deshonrarlo con una acción legal mediante la cual se pedía al tribunal burgués que estableciera que la línea política correcta del partido era la decidida por su propietario comercial!

El comunista nueva edición patatea, de hecho, en el mismo terreno que el de la justicia burguesa; al pretender que entre el «Il programma comunista» de los años anteriores a la crisis de 1982, «Combat» e «Il comunista» hay una línea continua de ese «nuevo curso» -tan caro a la llamada «sección Schio», cuyos argumentos han retomado los madrileños- sostiene de hecho una colosal falsedad que descansa exclusivamente en el formalismo impuesto por el derecho burgués, como si el hilo lógico de una línea política continua sólo fuera reconocible a través de las figuras burocráticas que el derecho burgués impone. Si esto no es personalismo ¿Qué lo es?

Naturalmente, este grupo de politiquillos se ha cuidado mucho de no leer todo el material que hemos publicado sobre la crisis, sobre las diferencias entre nosotros y el nuevo «Il programma comunista», entre nosotros y todos los demás grupos escindidos -incluidos ellos e incluido Schio- del partido en diferentes momentos y, por supuesto, entre nosotros y «combat» (6). A este grupo de politicastros le interesaba sostener la tesis de que «Le prolétaire-Il comunista» no era más que la expresión de una supuesta degeneración debida a un supuesto «nuevo curso». Atacan algunos artículos que contienen posiciones equívocas aparecidas en los turbulentos años de la

crisis, y que nosotros mismos rectificamos sin necesidad de su vocerío, como si en esos artículos, entre los miles publicados, estuviera la suma de nuestras posiciones y no, en cambio, una parte, no prevalente, del esfuerzo en la labor de recuperar las posiciones correctas del partido y todo el patrimonio teórico-político del partido. Quisieran demostrar una continuidad política degenerada únicamente a través de la presencia formal y casual del mismo nombre legalmente «responsable» entre «Il programma comunista» de 1981 a 1983, «Combat» en 1984 e «il comunista» de 1985 en adelante. Pretenden hacer una crítica política simplemente subrayando un aspecto exclusivamente formal que el derecho burgués obliga a respetar sin haber comprendido el valor político, y no meramente formal, del anonimato para el partido, sin haber comprendido en qué consiste la lucha política dentro del partido fuera del personalismo y la politiquería. Piensan que la lucha política del partido y, cuando es necesario, en el partido, sólo se hace a través de los cargos formales o las posturas personales del compañero fulano o mengano. De hecho, comparan la misma idea de los señores propietarios de «Battaglia comunista» en 1952 y de «Il programma comunista» en 1983. En cuanto a 'Combat', estos abogadillos no han leído, o no han tenido en cuenta, lo que escribimos desde el principio -cuando podíamos haber sido desmentidos tanto por «Il programma comunista» como por 'Combat'-, a saber, que nuestra batalla política se libró como simples militantes de base: ninguno de nosotros formó parte de la dirección del partido ni en Francia después de la crisis de octubre de 1982, ni en Italia a partir del golpe de mano del Comité Central de junio de 1983. Siempre nos opusimos a utilizar la acción legal en lugar de la batalla política dentro del partido; nuestra batalla se basaba en el hecho de que aún era posible sacar a los camaradas de la completa debacle mientras la propiedad comercial estuviera en manos de los miembros del Comité Central, al igual que la dirección política de lo que quedaba de la organización. La inserción del nombre del «director responsable» en el periódico de «Combat» fue un nuevo golpe contra el que podíamos habernos opuesto, bien por vía judicial, bien mediante una batalla política llevada hasta las últimas consecuencias. Evidentemente, tomamos el camino de la batalla política que condujo realmente a la ruptura con «Combat», y no el del tribunal burgués, y esto nos dio la posibilidad de reanudar los contactos con los camaradas de Francia y Suiza de los que habíamos sido excluidos por el Comité Central y la posibilidad de reanudar los contactos con algunos camaradas de Lombardía y Véneto arrancándolos del chantaje del Comité Central. Por lo que respecta a «Il comunista», como ya se escribió en su momento, pero que los abogadillos de *El comunista nueva edición* no tienen

en cuenta en absoluto, este título se había registrado a instancias del centro ya en 1982, porque estaba previsto, a partir de 1983, que «Il programma comunista» pasara de ser una publicación quincenal a mensual, y que saliera inicialmente bimensualmente con una hoja de agitación política, «il comunista», como se declaró oficialmente en una reunión general y se publicó después en «el programa comunista» nº 22, de 11 de diciembre de 1982.

Hay que reiterar, en cualquier caso, que la orientación política del partido -que se deriva del planteamiento general definido y aceptado por todos los miembros del partido- sigue siendo responsabilidad del centro, que no tiene derecho a cambiarla en función de supuestas situaciones nuevas e imprevistas. La disciplina exigida a todos los miembros del partido es, ante todo, política, de la que se deriva la disciplina formal. Otra cosa muy distinta es romper la disciplina centralista, cosa que ocurrió en varias ocasiones que más tarde desembocaron en crisis organizativas y políticas preparadas, como es el caso, mediante reuniones horizontales entre secciones en secreto del centro y de las otras secciones del partido. En varias ocasiones, los compañeros disidentes se convirtieron en fraccionalistas, organizando reuniones y acuerdos políticos entre ellos, de forma horizontal, contra el partido y contra el centro. Eligieron, en realidad, la vía de una lucha política fuera de la disciplina centralista, sobre bases democráticas, tal vez recabando el apoyo de las secciones locales a las que pertenecían; de hecho, la sección local se situaba así como alternativa al centro como elemento organizativo autónomo. La **sección local** ya no se consideraba una sección **del** partido, sino **el** partido; determinaba qué directriz del centro seguir y cuál no, qué actividad o intervención hacer y cuál no, si entrar en contacto con otras secciones o con camaradas que se habían ido o no, de qué informar y de qué no al centro, etc., etc. ¿No es ésta la manera de destruir el centralismo orgánico aclamado de palabra pero negado en los hechos? Las escisiones de Florencia de 1973 habían llegado incluso a afirmar que el militante **individual** del partido, en todas sus acciones externas, no sólo representaba al partido, lo que es normal para cualquier militante del partido, sino que él era el partido, de modo que todo lo que hiciera o dijera, en línea o en contra de la línea política del partido, era como si fuera el partido quien lo hacía y lo decía. Habían llegado así a la máxima consagración del individualismo.

* * *

En cuanto a la «cuestión nacional», los defensores de *El comunista nueva edición* han puesto en fila una serie de citas de Lenin y de nuestro partido a las que también nos hemos referido una y otra vez en nuestros trabajos sobre la cuestión, pero no han afron-

tado la cuestión de la opresión nacional de los pueblos oprimidos desde el punto de vista de la actitud que debe tener el proletariado de los países imperialistas para demostrar a los proletarios de las nacionalidades oprimidas que no son cómplices de su propia burguesía imperialista; una actitud que no puede ser simplemente la reivindicación ideal de la revolución proletaria del mañana con la que se resolverán los problemas de toda opresión burguesa, incluida la opresión nacional, la opresión de la mujer, salarial, etc., etc. En todo el período histórico marcado por la opresión burguesa e imperialista, ¿qué deben hacer los proletarios de los países imperialistas si quieren luchar para imponerse como clase revolucionaria? ¿Deben abandonar totalmente a los proletarios de los pueblos oprimidos a la influencia de sus respectivas burguesías que, en cambio, tienen interés en ligar a sus proletarios, a sus campesinos pobres a la lucha contra la opresión nacional con el solo objetivo de la independencia nacional? ¿No tienen que mostrar a los proletarios de los pueblos oprimidos que no permanecen callados ante su propia burguesía colonialista e imperialista, que no son indiferentes a la suerte de los proletarios de los pueblos oprimidos, que adoptan una posición de oposición concreta a los intereses reales de su propia burguesía colonialista e imperialista incluso en el terreno inmediato de los proletarios de los pueblos oprimidos?

Cuando Lenin afirmaba que los comunistas debían apoyar la lucha proletaria por la autodeterminación de los pueblos oprimidos, ¿no estaba diciendo que este apoyo, expresado naturalmente en la plena independencia política y organizativa del lado comunista y sin suspender la lucha de clases contra su propia burguesía, servía a los proletarios de los países opresores para demostrar que no eran cómplices de esta opresión y a los proletarios de los países oprimidos para liberar el terreno de su lucha del nacionalismo burgués (que oculta el verdadero objetivo de la burguesía nacional, es decir, explotar ella misma a su proletariado) para abrazar abiertamente la lucha de clases antiburguesa y facilitar así la alianza internacionalista entre los proletarios de los países opresores y oprimidos? Esta visión dialéctica era particularmente ardua incluso para muchos comunistas bolcheviques de la época, ya que Lenin tuvo que volver mil veces sobre esta cuestión; y que se ha mantenido ardua a lo largo del tiempo -del mismo modo que la cuestión sindical- lo demuestra el hecho de que las «Tesis sobre la cuestión nacional y colonial» de 1920 de la Internacional Comunista, inspiradas en Lenin, no bastaron para cerrar cualquier posible discrepancia, y que la incompreensión del espíritu revolucionario que animaba esas tesis estaba aún muy presente entre los camaradas de la izquierda comunista de Italia que, tras el final

de la segunda guerra imperialista mundial, se reorganizaron para reconstituir el partido de clase y restaurar el marxismo falsificado hasta la última palabra por el estalinismo. Para «Battaglia comunista», tras convertirse en el vocero del grupo de Damen, la «cuestión nacional» ya no era algo de lo que el proletariado tuviera que ocuparse desde 1914!!!; otras tendencias del mismo tipo, con algunas diferencias respecto a la del grupo de Damen, se repitieron en nuestro partido a lo largo de su vida hasta convertirse, en 1982, en el detonante de la crisis del partido, esta vez explosiva, como lo había sido diez años antes la «cuestión sindical». Si no se está de acuerdo con Lenin, si se cree que los argumentos de Lenin, en esta cuestión como en otras cien de la táctica comunista, ya no tienen valor, hay que decirlo abiertamente. Nuestro partido luchó no poco para recomponer toda la compleja «cuestión nacional», cayendo más de una vez en posiciones completamente erróneas o insuficientes precisamente desde el punto de vista de la dialéctica marxista; nunca lo hemos ocultado.

El comunista nueva edición cita un artículo de «le prolétaire» nº. 89 de 1970 en el que escribimos que nunca habíamos creído en las «soluciones nacionales» en Vietnam, Cuba o Palestina, nunca habíamos alentado la menor ilusión sobre estas «vías» seguidas por los levantamientos de los explotados que no tienen ni la organización ni el armamento teórico del proletariado ni están organizados como una verdadera clase revolucionaria; de ello se deduce que estos levantamientos, sin la influencia ni la acción del partido de clase son prisioneros del nacionalismo burgués y pequeñoburgués muy fácilmente. De hecho, en este artículo, como ocurre casi siempre en los artículos del periódico, se apunta a la crítica de las posiciones oportunistas más influyentes en el proletariado; en este caso, se hace hincapié en la perspectiva difundida por el imperialismo ruso respecto a los levantamientos de los pueblos coloniales, y por tanto también de las masas palestinas, de una lucha de «liberación nacional» que se entrelazaba con la falsa perspectiva de la «vía nacional al socialismo». Por lo tanto es obvio subrayar, en particular, la actitud contrarrevolucionaria del llamado «socialismo real» representado por la Rusia post-estalinista y hacer hincapié, sobre todo, en la perspectiva general de la lucha proletaria contra el nacionalismo burgués, incluso si esta lucha se insertaba en las revoluciones democrático-burguesas en las que la participación del proletariado, para mantener viva la perspectiva revolucionaria antiburguesa, debía tener lugar con plena independencia política y organizativa. Lo que no dice este artículo, porque no era ese su objetivo principal, es que la lucha del proletariado de las naciones oprimidas contra la opresión colonialista e imperialista, para no caer en la trampa del nacionalismo

burgués, debe encontrar un apoyo real en el proletariado de los países colonialistas e imperialistas en el terreno de la lucha clasista contra la opresión ejercida por sus propias burguesías colonialistas e imperialistas. ¿Cómo demostrar a los proletarios de los pueblos oprimidos que no se es cómplice de su propia burguesía en esa opresión? Luchando por el fin de la opresión nacional, por la retirada de las tropas de ocupación de los países coloniales, por que se reconozca la autodeterminación de la población oprimida. ¿Sería suficiente esta lucha de los proletarios en los países opresores para hacer desaparecer la opresión general de la burguesía? Desde luego que no, porque el objetivo principal de la lucha de clases es la lucha revolucionaria para derrocar el poder burgués e instaurar la dictadura de clase en cada país. Pero el proletariado de los países colonialistas e imperialistas, que predica al proletariado de los países oprimidos por su burguesía que no se deje entrapar en la lucha nacionalista, ¿con qué derecho, con qué cara pide a esos proletarios que tomen el camino de la revolución proletaria cuando él mismo se desentiende completamente de los problemas objetivos que afronta la lucha de los proletarios de los pueblos oprimidos, cuando no mueve un dedo contra la opresión colonial e imperialista de su propia burguesía, aplazando la solución de todos los problemas, de todas las contradicciones del capitalismo, de todas las opresiones a la victoria de la revolución proletaria del mañana? Mientras tanto, ¿qué hace el partido de clase? *El comunista nueva edición* sobre este punto central de la lucha de clases calla, se limita a proclamar la gran perspectiva ideal de la revolución proletaria «pura», flotando en la ilusión de que el proletariado de los países oprimidos, espontáneamente, sin la ayuda del proletariado de los países opresores, es más, jén ausencia total de su ayuda en la lucha contra la opresión nacional, logrará tomar el camino de la revolución proletaria que el propio proletariado de los países colonialistas e imperialistas ha perdido completamente!

Si los proletarios de los países imperialistas no luchan contra la opresión nacional de las poblaciones más débiles, significa que están dejando vía libre a sus propias burguesías imperialistas, que utilizan los beneficios obtenidos de la explotación bestial de los proletarios de las naciones más débiles para conceder a sus propios proletarios en casa unos euros más en sus nóminas, algunos beneficios económicos y sociales adicionales para mantenerlos alejados de la lucha de clases. Así es como la burguesía imperialista alimenta la colaboración de clases en casa y, al mismo tiempo, la competencia más feroz entre los proletarios nativos y los proletarios de naciones más débiles. Y sobre esta base nacen y florecen las fuerzas del

(sigue en pág. 16)

La mosca ...

(viene de la pág. 11)

oportunismo de todas las tendencias. Si, pues, la burguesía de las naciones más débiles ya ha alcanzado históricamente la independencia política, ya se ha organizado en un Estado reconocido por los demás Estados, y su economía ya es capitalista, aunque con la presencia de muchos restos atrasados -como ocurre, por ahora, en la mayoría de los países del mundo-, ello no obsta para que persistan bolsas de opresión nacional caracterizadas todavía por las formas del viejo colonialismo, como es el caso de los palestinos, los kurdos, etc., cuyas masas proletarias, además de sufrir la opresión salarial y racial, sufren también la opresión nacional. Es indiscutible que su gran combatividad proporciona el terreno político para que su burguesía los involucre en la lucha de «liberación nacional», en una lucha que históricamente no tiene ninguna posibilidad real de lograr una estructuración nacional del modo en que lo hizo en los siglos XIX y XX en muchos países no sólo de Europa, sino también de América Latina, Asia y África. Subsiste no obstante la opresión nacional, ejercida por otra parte por potencias económicas regionales que han tomado el relevo de los países imperialistas en el ejercicio local de esta opresión, como es el caso de Israel, Turquía, Arabia Saudí, etc. - países imperialistas que en cualquier caso son igualmente responsables, ya que los apoyan económica, política, financiera y militarmente.

Que nuestro partido adoptó posiciones erróneas sobre esta cuestión en los años 70 y 80 es algo que nosotros mismos hemos denunciado y combatido; que aquellas posiciones erróneas sobre esta cuestión fueron el detonante de la crisis explosiva de 1982-84 lo afirmamos abiertamente desde el primer momento; que no ha sido fácil recuperar el enfoque correcto de la cuestión nacional, a la luz del desarrollo imperialista del capitalismo y a la luz de los errores en los que ha caído el partido, es algo que también hemos tenido en cuenta en nuestros esfuerzos por recuperar el enfoque político correcto de esta cuestión, así como de la cuestión sindical y de la táctica en general. Pero es cierto que la cuestión de la opresión nacional no puede «resolverse» negando su existencia y, sobre todo, negando el hecho de que el proletariado de los países imperialistas, que son los mayores opresores del mundo, debe emprender una lucha que pasa necesariamente por el reconocimiento de lo que Lenin llamaba la «autodeterminación de los pueblos oprimidos», un reconocimiento que no excluye en absoluto la lucha de clase proletaria que aspira a ser internacional (pero que comienza inevitablemente a nivel nacional), pero que no puede excluir a priori la participación en esta lucha de clase internacional del

proletariado de los países y pueblos oprimidos. La participación del proletariado de los pueblos oprimidos en la lucha de clases proletaria e internacional -el ejemplo de ayer es el de las diversas nacionalidades oprimidas por el zarismo y el poder burgués, y antes el de Irlanda por el Reino Unido, y luego el de todos los pueblos colonizados por el capitalismo europeo y americano- se consigue siguiendo las indicaciones tácticas llevadas a cabo por Marx y Lenin, y luego por Bordiga. A saber, anclando la lucha proletaria por la «autodeterminación nacional» de la potencia opresora a la lucha de clase proletaria, antiburguesa y, por tanto, anticolonial, antiimperialista del proletariado de los países capitalistas avanzados. Y volvemos al punto de partida: ¿cuál debe ser la actitud del proletariado de los países más fuertes, de los países que oprimen a los países y pueblos más débiles, si no luchar contra su burguesía colonial, imperialista, contra toda opresión, luchando tanto en el terreno estrictamente sindical como en el de la opresión de la mujer y en el de la opresión nacional? ¿Cómo pueden los proletarios italianos, españoles, alemanes, franceses, británicos, estadounidenses, japoneses, rusos, y los de cualquier otro país opresor como Israel, Turquía, India, China, el mundo árabe, etc., demostrar a los proletarios de los pueblos oprimidos, como los palestinos, kurdos, yemeníes, somalíes, eritreos, saharauis, etc., que no son beneficiarios de la opresión nacional que sus propias burguesías promulgan contra ellos? ¿Pensando solamente en su propio provecho económico y social y desentendiéndose por completo de la suerte del proletariado de los países y pueblos oprimidos?

La lucha de clase del proletariado, para ser tal y avanzar en la perspectiva de la lucha revolucionaria internacional, no espera a que el capitalismo desarrolle económica, política, social y culturalmente a todos los países y a todos los pueblos del mundo. Este es un desarrollo que el capitalismo nunca podrá tener; al contrario, cuanto más se desarrolla el capitalismo monopolista y financiero, por tanto el imperialismo, y cuanto más se desarrollan las desigualdades entre los países, más se acentúa el desarrollo desigual del capitalismo ya afirmado y previsto por el marxismo. El comunismo revolucionario, y por tanto el partido comunista revolucionario, se fijó como objetivo la revolución anticapitalista cuando el capitalismo ya había expresado todas sus características y tendencias históricas, aunque sólo fuera en unos pocos países del mundo -como Inglaterra, Francia, Alemania, EEUU- y ahí está el Manifiesto del Partido Comunista de Marx-Engels para demostrarlo, a sabiendas de que la revolución proletaria victoriosa y su dictadura de clase tendrían que hacerse cargo del desarrollo económico, político, social y cultural en todos aquellos países que el capitalismo aún no lo había hecho y donde los restos

de las sociedades precapitalistas aún estaban fuertemente presentes.

¿No significaba esto que el proletariado de los países más avanzados, o mejor dicho, el proletariado más avanzado desde un punto de vista de clase y revolucionario (como lo fueron durante un tiempo el proletariado francés, y luego el alemán, y luego el ruso) tenía que asumir las tareas que la burguesía no había llevado a término? Se nos dirá que hoy el desarrollo capitalista ha avanzado tanto económica y socialmente que el proletariado ya no tiene la tarea de contribuir económicamente al triunfo de la revolución burguesa antifeudal, antiesclavista y anticapitalista, por lo que puede y debe dedicarse exclusivamente a su propia revolución de clase antiburguesa. Por otra parte, los intentos revolucionarios de la clase proletaria en la Europa de 1848-50, en París de 1871, en Alemania de 1919-20, en Hungría, en Italia, no tuvieron éxito, y la victoria revolucionaria en la atrasada Rusia zarista en 1917, después de encender las esperanzas revolucionarias en todo el mundo, no fue suficiente para demoler el capitalismo mundial: ¿qué conclusión sacar de estas derrotas sucesivas? Los revolucionarios de palabra, cuando toman las citas de Marx, Lenin o Bordiga, toman la letra pero no el espíritu. Para ellos, el mundo es simple: sólo hay proletarios y burgueses, o estás con los proletarios o estás con la burguesía, y no se dan cuenta de que las relaciones sociales en el capitalismo imperialista son mucho más complicadas de lo que piensan, y que el desarrollo del capitalismo no ha simplificado las relaciones sociales sino que las ha hecho aún más confusas y complicadas. No sólo porque ha dado espacio a las medias clases pequeño-burguesas, sino también porque, al tiempo que aumentaba todas las formas de opresión, especialmente en los países más débiles, desarrolló grandes capas de aristocracia obrera (que Engels ya había identificado en el desarrollo del capitalismo inglés) para atar a su propia conservación y suerte a una parte no desdeñable del proletariado de los países más avanzados, de tal manera que influyera directa y capilarmente en los estratos proletarios más explotados que, en realidad, constituyen la mayoría del proletariado mundial.

¿Qué importancia tiene para el partido comunista revolucionario la evaluación de la relación que mantiene la aristocracia obrera con el resto del proletariado? Con el paso del tiempo, la importancia es cada vez mayor, porque la aristocracia obrera es, al mismo tiempo, un factor decisivo en la competencia entre proletarios y un vector decisivo de la colaboración de clases entre proletariado y burguesía. Cuanto más duradera y estrecha es la colaboración de clases en los países capitalistas más avanzados, menos ven los proletarios de los países más débiles, y con mayor razón los proletarios de las poblaciones oprimidas, en los proletarios de los países opre-

sores a sus propios hermanos de clase, a sus propios aliados. Los proletarios de los países más débiles y de las poblaciones oprimidas se ven así a merced de sus respectivas fracciones burguesas, de sus intereses, de sus maniobras político-económicas con las burguesías imperialistas, de sus campañas nacionalistas. ¿Está descartado que los proletarios palestinos, kurdos, yemeníes y de otras nacionalidades oprimidas, en la estela de su rebelión y de su lucha contra la opresión nacional, tomen el camino de la lucha de clases y, por tanto, de la revolución proletaria? No, no está descartado; pero está descartado que, aunque esto ocurriera en una situación de crisis general del capitalismo mundial, -como ocurrió después de la primera guerra imperialista mundial al proletariado ruso- sin una reanudación más amplia y duradera de la lucha clasista en los países imperialistas más importantes, esa rebelión suya, esa lucha suya contra la opresión nacional, tuviera una salida internacionalista sin estar ligada a la lucha proletaria e internacionalista de los proletarios de los países imperialistas. Las dos cosas no están separadas, o van juntas o no hay victoria revolucionaria posible ni en los países oprimidos ni en los opresores.

No es casualidad que el marxismo, y por tanto la teoría del comunismo revolucionario, naciera en el corazón de la Europa capitalista avanzada. ¿Recordáis que el marxismo es la superación dialéctica de todo lo que históricamente podían aportar la economía inglesa, la filosofía alemana y el socialismo utópico francés? Aquí ha sido donde el capitalismo ha trazado su desarrollo histórico inevitable. El proletariado se reveló como la única clase revolucionaria de la sociedad moderna, la única clase que no tenía ni tiene nada que ganar en la sociedad capitalista -y mucho menos en las sociedades precapitalistas-, pero tenía y tiene un mundo, es decir, una sociedad sin clases, que ganar. Tiene sin embargo que cargar con el peso de una revolución que habría tenido que completar las tareas económicas y sociales que la burguesía capitalista nunca completaría; y no porque no quisiera, sino porque no podía, ya que siempre ha sido prisionera de sus intereses de clase, que a su vez estaban condicionados por el desarrollo desigual del capitalismo que, mientras por un lado magnificaba los intereses de la burguesía más poderosa, por otro aplastaba los intereses de las burguesías más débiles, al mismo tiempo que aplastaba cada vez más a las masas proletarias y proletarizadas que el propio desarrollo capitalista iba formando incesantemente en los diversos países del mundo. Es el desarrollo histórico de la sociedad capitalista el que ha entregado al proletariado de los países capitalistas avanzados la llave del futuro revolucionario del proletariado mundial, y la derrota de la gloriosa

revolución rusa es la demostración más patente.

Esta es una razón más para que el proletariado de los países desarrollados demuestre al proletariado del mundo entero que es realmente la punta más avanzada de la lucha de clase y de la revolución de clase, que está a la altura de sus tareas revolucionarias internacionales. Como hemos subrayado una y otra vez en los textos con los que hemos restablecido la justa valoración de los movimientos de lucha palestinos o kurdos, y la justa perspectiva de su lucha, corrigiendo los errores en los que ha caído el partido, la reivindicación de la autodeterminación de la nacionalidad palestina sólo tiene sentido para nosotros si la lucha de los proletarios palestinos contra la opresión nacional ejercida por las burguesías extranjeras está simultáneamente ligada a la lucha contra su propia burguesía en la perspectiva de la revolución proletaria, y al mismo tiempo, si el proletariado de los países opresores -empezando por el proletariado israelí, pero implicando a los proletarios de todos los países capitalistas de Próximo Oriente y de todo el mundo que se benefician económica, social y políticamente de la opresión de los palestinos- emprende la lucha contra esa opresión nacional de la que sus propias burguesías son las verdaderas beneficiarias. ¿Cuál es la reivindicación que ayudaría, hoy y no en un mañana lejano, a demostrar la no complicidad de los proletarios de los países capitalistas en la opresión nacional, a mostrar a los proletarios palestinos que su lucha es nuestra lucha como proletarios de los países avanzados, despejando el camino a la lucha de clases antiburguesa en los dos frentes, el «nacional» y el internacional? Lenin ya lo dijo: la reivindicación de la autodeterminación nacional, pero no desligada de la lucha clasista contra la propia burguesía imperialista. Negar a priori la reivindicación de autodeterminación de las nacionalidades oprimidas -aunque esta reivindicación concierna hoy a una parte menor que en el siglo pasado- es aceptar que la propia burguesía imperialista siga oprimiendo a las nacionalidades más débiles. Es de hecho participar en la misma opresión nacional, es aprovecharse de esta opresión, es agudizar la competencia entre proletarios, es ponerse del lado de la burguesía contrarrevolucionaria. Este es el camino emprendido por *El comunista nueva edición*, del mismo modo que el nuevo «El programa comunista», Schio y todos los grupos que intentaron hacer desaparecer el partido entre 1982 y 1984.

Como dice Lenin, apoyar la autodeterminación nacional de los pueblos reprimidos y oprimidos no significa automáticamente luchar por la independencia nacional y el establecimiento del Estado burgués. Al igual que luchar por el aumento de los salarios no significa, para los comunistas revolucionarios, luchar por el mantenimiento eterno del régimen salarial y, por tanto, del capitalismo; luchar por la

autodeterminación de los pueblos oprimidos por el capitalismo colonialista e imperialista no significa, para los comunistas revolucionarios, luchar por el establecimiento de un Estado nacional para cada pequeña o gran población existente. Nosotros estamos por el derrocamiento del régimen salarial como por el derrocamiento de todo Estado-nación, pero la dialéctica histórica pasa por diferentes fases de la lucha proletaria que sólo el partido de clase conoce y prevé, partido que tiene la misión, ciertamente ardua y en absoluto sencilla, de preparar y orientar al proletariado de cada país, avanzado o atrasado, opresor u oprimido, hacia la reanudación de la lucha de clases y, por tanto, de la lucha revolucionaria, sin negar las contradicciones cada vez más fuertes y profundas que el desarrollo del imperialismo produce inevitablemente. Creer que la reanudación de la lucha de clases del proletariado, a nivel nacional e internacional, se presentará mágicamente un día debido únicamente al efecto de las crisis económicas, políticas y financieras del capitalismo y al desarrollo espontáneo de la «conciencia de clase» en las masas proletarias, es como creer en la rueda de la fortuna, es llevar la superstición a los más altos niveles de inconsciencia. El partido por el que hemos luchado y luchamos, aún con todos los errores que hemos cometido y volveremos a cometer, no es lo que creen que es o quieren que sea mañana grupos como *El comunista nueva edición*, grupos que han tomado el camino contrario al que llevará a la reconstitución del partido comunista internacional sano y fuerte.

NOTAS

(1) Las Tesis sobre la cuestión sindical: *El partido ante la «cuestión sindical»*, fueron publicadas en «El programa comunista» nº 3 de 1972, anticipadas por la publicación de extractos de los textos del marxismo revolucionario desde Engels y Marx, en la serie titulada: «*Bases histórico-programáticas del comunismo revolucionario sobre*

(sigue en pág. 18)

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:
<https://www.pcint.org>

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

A nuestros lectores: cuidado con los manipuladores

En fechas recientes hemos visto que en la red social X/Twitter se están distribuyendo textos de nuestro partido por algún elemento que busca presentarse de manera insidiosa como miembro de nuestra organización.

Nuestro partido no tiene cuentas en redes sociales, no publica su prensa, folletos o tomas de posición en ellas ni delega esta tarea en terceros. Como partido, en Internet, estamos presentes con un único sitio (www.pcint.org), que indicamos en todas nuestras publicaciones. La defensa de las posiciones de nuestro partido no la realizamos a través del recurso a la «propiedad intelectual» de nuestros escritos publicados en nuestra prensa o en la página web ni a través de la «propiedad comercial» de las cabeceras con las cuales las difundimos. El anonimato para nosotros no es una extravagancia, sino, simplemente, la forma no intelectual, no comercial, en esencia no burguesa, con la cual cada militante del partido contribuye al trabajo común de este, a la propaganda de las posiciones y de las tesis del partido y a su actividad general.

Esto no impide que haya elementos poco serios políticamente que utilicen nuestros materiales para fines exclusivamente personales.

Esta no es la primera vez, y sin duda no será la última, que alguien que de alguna manera ha tenido contacto -aún sin ser estrecho- con nosotros pretende con una ambigüedad calculada presentarse como miembro, afín o simpatizante sin serlo realmente. Las redes sociales son un medio en el que este tipo de elementos se puede mover con mayor facilidad porque en el mundo virtual les resulta más sencillo intentar pasar posiciones propias por posiciones del partido y además les es más sencillo el evitarse responder de su falsedad. En este caso se trata de un elemento que ya en otras ocasiones ha pretendido presentarse como alguien de alguna forma próximo a nosotros, cuando realmente las posiciones que él mantiene no tienen nada que ver con las que el Partido Comunista Internacional siempre ha defendido y defiende. De él nos separa un abismo no sólo político sino también moral, visto que su comportamiento es el de un manipulador que busca notoriedad intentando hacerse importante reivindicando una historia política (la de la Izquierda Comunista de Italia) y una organización (el Partido Comunista Internacional) que le son completamente ajenos.

En un momento como el actual, cuando la lucha de clase del proletariado está prácticamente ausente en todo el mundo, la lucha política puede tomar formas peculiares: la falta de una clase proletaria que se posicione sobre el terreno de la lucha de clase, aún sobre el meramente económico, impide que las posiciones propias del marxismo revolucionario puedan plantearse con una amplitud que sólo la lucha a gran escala da. Por ello las cuestiones relativas a la crítica política, a la definición teórica, etc. se plantean a veces como si fuesen problemas sin gran alcance. Esto facilita, de alguna manera, la aparición de elementos de este tipo que pretenden hacerse un hueco entre la confusión generalizada y hacer pasar sus propias ideas, incluso su propia manera de comportarse y manifestarse, como si estuvieran vinculadas a las tesis y a las batallas de clase fundamentales de la Izquierda. Estas, sin embargo, pueden ser distinguidas fácilmente porque en ellas nunca se encontrarán restos de elaboración personal o de criterios individuales y porque nunca se presentarán como el patrimonio personal de nadie.

**¡Lean, difundan, sostengan la
prensa internacional del partido!
¡Suscribanse!**

- **El proletario** (Órgano del partido comunista internacional) / Precio: Europa : 1,5€; 3CHF; 1,5£; América del Norte : US \$ 2; América Latina : US \$ 1'5
- **El programa comunista** (Revista teórica) / Precio del ejemplar : 3€; £ 2; 8FS; América Latina : US\$ 1,5; USA-Cdn US\$ 3
- **Il comunista** (Periódico bimestral) / Precio del ejemplar : 1€; £ 1; 5FS
- **Le prolétaire** (Periódico bimestral) / Precio del ejemplar : 1€; £ 1; 3FS.
- **Programme communiste** (Revista teórica) / Precio del ejemplar : 4€; £ 3; 8FS; América Latina : US\$ 2; USA-Cdn: US\$ 4.
- **Proletarian** (Suplemento en inglés al «le prolétaire») / Precio del ejemplar : 1€; £ 1, 3 CHF.
- **Comunist Program** (Revista teórica en lengua inglesa) / Precio del ejemplar : 4€/8FS/£3/1000CFA/USA+CDNUS \$ 4 / América latina US \$ 2

E-MAIL :
**elprogramacomunista
@pcint.org**

La mosca ...

(viene de la pág. 17)

la relación entre partido y clase, acción de clase y asociaciones económicas obreras», en los nº 22, 23 y 24 de 1971 y nº 1 y 2 de 1972 de «programma comunista». Las circulares mencionadas se publicaron como material para la revisión de la crisis del partido en los números 33 de 1992 y 34-35 de 1993 de «il comunista».

(2) Ver «il comunista» nº. 33 y 34-35 del 1992-1993 el artículo «*Riprendendo il bilancio sulle crisi avvenute nel nostro partito*».

(3) Cfr. Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el Comunismo, Progreso, Moscú 1973*, p. 19.

<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrases-cogidas11-12.pdf>

(4) Las Tesis de Nápoles, como se llamaban comúnmente las Tesis sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que forman el patrimonio histórico de la izquierda comunista desde hace más de medio siglo, fueron presentadas en la Reunión General del Partido de los días 17 y 18 de julio de 1965 en la ciudad de Nápoles, y luego publicadas en «Il Programma Comunista» nº 14 del 28 de julio de 1965. Estas tesis se reco-

gieron después, junto con las demás tesis fundamentales del partido de 1920 a 1966, en el texto del partido titulado *En defensa de la continuidad del programa comunista*, publicado en junio de 1970 [y dividido en dos partes: de las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI (1920) a las Tesis de la Izquierda presentadas en el Congreso de Lyon del Partido Comunista de Italia en 1926, en la primera parte, seguidas de las Tesis posteriores a 1945 hasta las Tesis de Milán, complementarias de las Tesis de Nápoles, en 1966].

(5) Publicado del n. 1 al n. 3 del 1952 en «Il programma comunista».

(6) Entre los diversos materiales dedicados al balance de las crisis del partido, señalamos, en particular, *Qué significa hacer balance de la crisis del partido (Il comunista, nº 6, nov. 1986-feb. 1987)*; *Sul bilancio delle crisi di partito: La riconquista del patrimonio teorico e politico della sinistra comunista passa anche attraverso la riacquisizione della corretta prassi di partito (El Programa Comunista, nºs 41 y 42, 1990 y 1992)*; *Materiales sobre el balance político de las crisis internas del partido. Intermezzo di collegamento (Il comunista, nº 45, abril de 1995)* y la reedición de junio de 2006 *il comunista: Sulla formazione del Partito di classe. Lezioni dalla crisi del 1982-84 del partito comunista internazionale «programma comunista»*.

Acerinox, lucha obrera y represión ...

(viene de la pág. 20)

de la droga se instalen como única salida para los jóvenes de la zona. Por eso toda la burguesía, desde la local hasta la nacional, ha cerrado filas con Acerinox garantizándole todo el apoyo mediático, policial, judicial, etc. que les sea necesario.

De hecho la patronal quiere doblegar a los trabajadores de Acerinox porque estos se han atrevido no sólo a luchar, sino a organizarse fuera y contra los cauces político sindicales tradicionales. El Comité de huelga de Acerinox no es un Comité refrendado por la patronal, como lo son la práctica totalidad de los que se constituyen en una lucha normal, sino que se ha formado sin tener en cuenta la representatividad obtenida por las grandes corporaciones sindicales en las elecciones sindicales de la fábrica. De esta manera, CC.OO. y UGT (entre otros), que habitualmente tienen la labor de evitar la movilización o desarticular esta cuando no se ha podido frenar a tiempo, han quedado reducidos a un papel secundario, mientras que sindicatos dispuestos a luchar abiertamente contra la patronal, como ATA, se han puesto al frente de la huelga contribuyendo a articular un Comité capaz de imponer esta, defenderla y hacer frente tanto a los enemigos externos como a los internos. La aparición en las últimas semanas de una caja de resistencia (parece que sostenida al menos inicialmente por elementos próximos a la Iglesia), supone también un jalón en el mantenimiento de la lucha.

Es por esto, por el ejemplo que están dando los proletarios de Acerinox, que la burguesía busca romperles el espinazo a cualquier precio, por lo que no va a dejar que venzan: la fuerza de los proletarios de Acerinox puede ser un ejemplo en el resto del sector y de la región, sobre todo porque parte de la organización y la lucha con métodos y medios clasistas y esto es lo que más aterra a la clase burguesa.

Desde hace décadas tanto las organizaciones sindicales colaboracionistas como los partidos llamados obreros han sido los organizadores de la derrota sistemática de la clase proletaria. A ellos ha correspondido permitir que la burguesía impusiese sus exigencias ya no en un conflicto en particular, sino a escala más amplia. El deterioro de las condiciones de vida de la clase obrera, los bajos salarios, el desempleo, etc. son la consecuencia de esta labor en la que los aliados de la burguesía entre la clase trabajadora han realizado sin cejar en su esfuerzo ni en un solo momento. Sin

necesidad de remontarnos varias decenas de años, quedándonos únicamente con la fecha de 2007, año de inicio de la última crisis capitalista generalizada, resulta evidente que tanto el oportunismo sindical como el político han logrado que la clase proletaria soporte el peso de la recuperación económica sobre sus espaldas sin que esto haya implicado mayores sobresaltos para la burguesía. Su política de colaboración entre clases, desarrollada tanto en el marco de la empresa como en el ámbito nacional, ha logrado mantener vivo el mito de una solidaridad entre clases estructurada mediante el sistema democrático, sosteniendo la idea de que únicamente es posible luchar dentro de los límites que marca la democracia. Así, este largo (larguísimo) periodo de paz social, de incapacidad de la clase proletaria para lanzarse al terreno de la lucha, aún de las más inmediata en defensa del salario o las condiciones de trabajo, se ha mantenido sin apenas fisuras. Y así, la clase burguesa ha ido acumulando una gran capacidad para hacerse cargo de conflictos como el de Acerinox, de romper la solidaridad proletaria, de aislar a los trabajadores en huelga y reprimirlos mientras el resto de la clase es incapaz de acudir en su ayuda.

Para nosotros, comunistas revolucionarios, este tipo de enfrentamientos en los que aún muy tibiamente parece que se manifiesta una fuerza capaz de romper alguno de los eslabones de la cadena que aprisiona a los proletarios, tienen una importancia inmensa: es de ellos de donde puede extraerse las lecciones más valiosas, donde puede entreverse la realidad del conflicto social soterrado que atraviesa la sociedad burguesa. Por pocas que sean sus expectativas, por escasas que sean ya no sus posibilidades de éxito, sino de no ser derrotados totalmente, su valor reside en esas lecciones, en la capacidad que estas tienen para decantar a algunos proletarios hacia el terreno de la lucha constante y no episódica, de la organización más allá de los límites que la propia burguesía impone para ello.

En nuestro artículo *Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido revolucionario hoy* (publicado en *El Programa Comunista* nº36 de octubre de 1980), decíamos:

La organización sindical, como la política, no es la mera expresión mecánica de las luchas inmediatas: es su expresión mediata, la expresión de la actividad de minorías de la clase. Son esas minorías - mucho más vastas, por cierto, que la del partido - las que aseguran la continuidad del movimiento en el espacio y en el tiempo; son ellas las que mantienen la continuidad de la

propaganda, de la organización, de la agitación y de la movilización sindical del proletariado, tanto en los pequeños hechos contingentes de cada día como en las grandes luchas que arrastran consigo a las más amplias y profundas masas de la clase.

Y de este hecho fundamental no nos movemos ni un centímetro: la reanudación de la lucha de clase del proletariado, incluso sobre el terreno inmediato, requiere de la aparición de estas *minorías* capaces de hacerse cargo de la continuidad tanto de la organización en sus niveles más necesarios como de la extensión de cualquier conflicto entre el resto de sectores de la clase proletaria. Pero estas minorías no aparecerán de la nada, no llegarán a la organización por una revelación que afecte directamente a su conciencia, sino mediante la dura experiencia de la lucha de clase real, con sus inevitables derrotas, con todos los límites con los que choca siempre el impulso a la confrontación.

Huelgas como la de Acerinox contribuyen necesariamente a dar a estas minorías puntos de referencia, ejemplos que contrastan con la realidad de paz social que gobierna en todas partes. Y ese es el valor, y de ahí el apoyo, que todo comunista debe darles.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado : Avda. Primado Reig 102, 46010 - Valencia

Enclave de Libros : C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc : C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 - Barcelona

Librería Sandoval : Plazuela del Salvador, 6, 47002 - Valladolid



Visita el sitio del Partido:
<https://www.pcint.org>

Acerinox, lucha obrera y represión

La huelga de los trabajadores de la factoría de Acerinox en el campo de Gibraltar dura ya casi cuatro meses. Durante este tiempo ha movilizó a los 1.800 trabajadores de la planta, que exigen un incremento salarial anual del 3%, mientras que la empresa ofrece un 1,75% y otro 0,5% extra por cada 35 millones de beneficios que reporten las cuentas anuales. Además, los trabajadores reivindican un incremento de la prima de producción hasta los 550 euros, mientras que la empresa quiere dar tan sólo 425 euros. Finalmente, los trabajadores rechazan la flexibilización laboral que quiere introducir la empresa obligando a crear retenes que permanezcan de guardia para atender las necesidades de la producción: exigen la voluntariedad de dichos retenes y su remuneración, frente a la idea de imponer turnos obligatorios que tiene la empresa. Para imponer sus exigencias, la empresa afirma que la planta ubicada en Palmones no es rentable, que la producción en ella es más cara que en el resto de plantas de la empresa y que «el mercado» impone una flexibilización de la estructura productiva.

La huelga no sólo está siendo larga, también está siendo complicada. A los 130 días sin cobrar, que tendrán un efecto también tanto sobre las pagas extraordinarias como sobre las cotizaciones sociales, se suma la dureza de la represión que la empresa y el Estado están ejerciendo. El 23 de febrero, en una jornada de movilización, los trabajadores cortaron la autovía A-7 y la policía antidisturbios cargó con dureza. El resultado no sólo fue el consabido rosario de heridos y detenidos sino que un trabajador fue condenado a un año de prisión (¡en el tiempo récord de tres días!). Después de estos sucesos, si bien el nivel de conflictividad no ha llegado a puntos similares, la situación ha sido tensa en todo momento y la represión continúa siendo un arma fundamental con la que cuenta la patronal y el conjunto de la burguesía para acabar con la huelga.

Durante varios años la tensión entre obreros y patronal en el sector del metal se ha mantenido constante. En 2019, la firma del Convenio sectorial en Vizcaya trajo duras manifestaciones, enfrentamientos entre policía y trabajadores, etc. Ya en ese momento era evidente que la crisis económica que se concentraba especialmente en los sectores siderometalúrgico y metalmeccánico y que se manifestaba en forma de sobreproducción de mercancías en todas sus ramas, iba a implicar un recrudecimiento de las exigencias que la patronal lanzaría a los proletarios del sector. La situación creada por la pandemia duran-

te 2020 y casi todo 2021 retrasó la inevitable eclosión de la tensión larvada pero finalmente, al acabar 2021, los enfrentamientos entre los trabajadores de las industrias auxiliares de Cádiz y la patronal local colocaron de nuevo la realidad de una crisis no resuelta ante los ojos de cualquiera. Poco antes había sido la larga huelga de Tubacex la que había mostrado tanto la fuerza de una clase proletaria que no estaba dispuesta a dejarse arrollar como la determinación de la patronal en no ceder ni un milímetro, consciente siempre de que cada batalla que libra es vital tanto para los empresarios involucrados como para buena parte de la burguesía.

Después de ambas huelgas, victoriosa la segunda, duramente reprimida por la policía y los sindicatos mayoritarios la primera, una cascada de huelgas tuvo lugar en diferentes provincias (Pontevedra, Cantabria, Cataluña...) en el momento en que tuvo que negociarse cada uno de los convenios provinciales. En todas estas ocasiones, la política de la patronal estuvo clara y se mostró sin velos: subidas salariales sí, pero por debajo de la inflación, es decir, descenso en el salario real. A la ayuda de la patronal acudieron, como siempre, las grandes organizaciones sindicales, que trataron de romper las luchas allí donde eran más fuertes (Vigo, Cantabria...) y el Gobierno nacional que, con la ministra del PCE a la cabeza, se afanó en lograr la aceptación de las exigencias patronales por parte de los trabajadores.

En general puede decirse que estos cinco años de lucha en el sector del metal han supuesto una derrota en el terreno inmediato para los trabajadores. A excepción de Tubacex, en el resto de conflictos se impuso la voluntad de los empresarios y pese a la dureza de las luchas que pretendían contestarla, los proletarios no fueron capaces de articular una respuesta, sobre todo fueron incapaces de ir más allá de los límites provinciales en que se encorsetaba la lucha y dar una respuesta de clase.

Pero esta victoria de la patronal no significa que, para ella, el problema esté resuelto. Desde un punto de vista económico la situación del sector del metal es sumamente delicada. La sobreproducción tanto de la materia prima metal en el punto inicial de la cadena como de sus derivados en cualquiera de las ramas productivas del sector está lejos de solucionarse y buena parte de la guerra comercial que hoy se libra entre Estados Unidos y China tiene como trasfondo la sobreproducción de un sector clave en la economía nacional e internacional y que cada uno de estos paí-

ses busca controlar en la medida de lo posible. Recientemente la prensa coreana informaba de la afluencia a bajo costo de acero chino a Corea, provocando pérdidas significativas en las ganancias de los gigantes del sector coreanos, precisamente como consecuencia del desvío de este acero, antaño dirigido al mercado norteamericano: el aumento de los aranceles (del 7,25% al 22,5% del valor importado) norteamericanos sobre el acero chino recrudecerá la tensión entre China y los potenciales receptores de su producto sobrante, agudizando la crisis en aquellos países incapaces de controlar la importación como sí hace Estados Unidos. Esta situación llevará a la desinversión tanto en capitales como en planta de la gran industria metalúrgica europea y a nuevas oleadas de despidos como las que ya estamos viendo en el sector del automóvil, bien sea directamente bien mediante los recursos que el gobierno del PSOE y Podemos primero y del PSOE y Sumar después han puesto a disposición de la patronal.

En esta senda marcha Acerinox, que a fecha de 3 de junio, ya ha avisado de que de no aceptarse sus exigencias despedirá a una horquilla de 450 a 575 trabajadores y que las empresas auxiliares que dependen de ella deberán despedir a otros 500 para mantener su nivel de beneficios. Evidentemente este tipo de declaraciones buscan añadir presión a unos trabajadores ya muy desgastados por la larga huelga que están librando, pero marca la tónica de lo que va a suceder tanto en Acerinox como en el resto de empresas del sector.

Por otro lado y más allá de las cuestiones estrictamente económicas, Acerinox se ha convertido en algo así como una bandera de la burguesía. Si en regiones del país, como País Vasco, Vigo, etc. con una clase proletaria más combativa, la patronal se ha visto obligada a llegar a acuerdos, a pequeñas cesiones, etc. en el Campo de Gibraltar hoy, como en Cádiz ayer, donde la presión del desempleo que hay en la región es un arma definitiva para la patronal en la mayoría de los casos, ni la patronal del acero ni la burguesía que la respalda, quieren permitir una victoria de los trabajadores. No quieren un ejemplo de lucha victoriosa y mucho menos en una región que han sometido a la miseria durante las últimas décadas, condenando al desempleo a buena parte de los proletarios, precarizando los empleos que antes ocupaban a buena parte de la población o permitiendo que las mafias

(sigue en pág. 19)